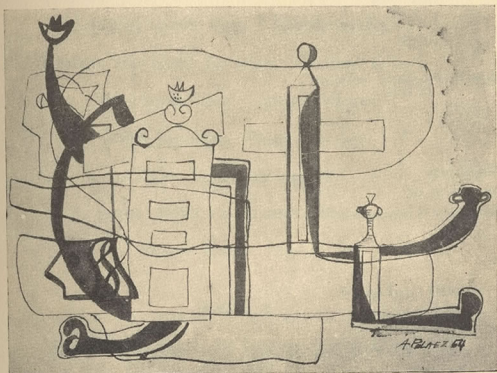


ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

DIRECTOR:

JOSÉ LEZAMA LIMA

CONSEJO DE COLABORACIÓN:

ELISEO DIEGO

FINA GARCÍA MARRUZ

ÁNGEL GAZTELU

LORENZO GARCÍA VEGA

JULIÁN ORBÓN

OCTAVIO SMITH

CINTIO VITIER



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50
Suscripción al año " 2.00
Suscripción en el extranjero " 2.50



Redacción y Administración:

JOSÉ LEZAMA LIMA

Trocadero, 162, bajos

La Habana - Cuba

Inscripta como correspondencia de 2ª clase
en la Admón. de Correos de La Habana

Talleres:

Impresores: UCAR GARCÍA, S. A.

Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

SUMARIO

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Odas libres*

SIMONE WEIL: *De intuiciones precristianas*

FINA GARCÍA MARRUZ: *Monólogos*

CINTIO VITIER: *El apócrifo*

GEORGES SCHEHADÉ: *Retrato de Julio Supervielle*

LORENZO GARCÍA VEGA: *Pequeño sucedido*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR: *Canciones de antes*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Aguja de diversos*

MARIO PARAJÓN: *Cuatro a la mesa*

CLEVA SOLÍS: *La mancha*

ALVAR GONZÁLEZ PALACIOS: *Poemas*

FAUSTO MASÓ: *"Bueno"*

NOTA

JOSÉ LEZAMA LIMA: *De Orígenes a Julián Orbón*

Portada de AMELIA PELÁEZ

ORÍGENES

AÑO XII

LA HABANA, 1955

NÚM. 37

Odas Libres

REVIVIDAS

1

EL QUE CANTA LA LUZ Y LA GLORIA

EL día, terminado por la luz en un inmenso estrato rojo que modela el viento, baja volando al gran poniente verde-limón, como si fuera un monstruoso pavorreal de cola de rosas encendidas.

El pico lo tiene ya en el ocaso. El pecho se le riza de plumillas cárdenas. ¡Y qué suave la rosada caricia final de sus últimas plumas en la frente rendida que a él se levanta!

Tras la huidora ave inmensa va quedando la oscuridad, la inmensa oscuridad. Y en la inmensidad oscura está el que canta la luz y la gloria.

2

MADRUGADA ABAJO

TODA la noche he estado vagando en mi sueño por caminos contrarios a los de la realidad, mi realidad; los caminos por donde yo andaría al sol si lo que es fuese lo que debe ser; si el sueño no fuese sino entrada o salida verdaderas de la ciudad aislada del día.

3

[173]

Al despertar amaneciendo, me he preguntado secamente: "¿Dónde está el país en que el hombre vigilante sea el mismo hombre de sus sueños? ¿Cuándo será el tiempo en que el hombre esté lejislado con los derechos de sus pensamientos?"

3

DÍA FALSO

JIGANTES osos blancos, los redondos cúmulos del norte suben, en alegre lucha, simulacro polar, hacia el cenit vibrante de este mediodía equivocado y desastroso de abril. ¡Qué amontonamiento, qué revolución, qué caer y qué levantarse de torpes osos blancos!

Frío y oro, bochorno y sombra. Claras fachadas brillantes de encionada lluvia reflejan desviadamente un sur lívido, en el que, más allá de las negras torres empuqueñecidas y mudas, se adivinan, en pavonada opacidad con piques de diamante, los dramáticos pinares y el mar malhumorado.

Todo el campo en que anteayer nos quisimos, está lleno de ramas verdes desgajadas por el huracán. El mentiroso sol asoma a veces por los ojos azules del cielo, como un artero beso tuyo, esfinje rubia, entre violentas, blancas, hermosas esquiveces.

4

SU FALTA DE TALENTO

SERIO, sí, serio, con esa seriedad fea que nos hace otros. Pero no porque a mí me falte alegría mía, sino, es un suponer malo, como porque yo le hubiese quitado la suya, sin querer, a alguien.

Algo así como si yo hubiera sido, sin saberlo bien, héroe superpuesto (libertador, mecnas, amante) del sueño de otro, a quien el amanecer retirándome a mí sin yo quererlo, le hubiese traído su día (su sol inútil) y su desencanto.

Como si por mí, sueño errante, se hubiese quedado, con el alba, sin mí (¡qué bostezo de luna poniente!) más pobre el corralillo de otro,

[174]

4

más vacía la pared de su alcoba interior, más fría su mesa yerta de pino; más baja su falta de talento.

5

UNA ENAMORADA

YO no le vi los ojos a la driada. Todo se lo vi menos los ojos; blanca, tierna, gris, sumisa, delicada. De pronto, dió una vuelta brusca y se fué, el brazo en los cabellos, los ojos confusos.

¡Cuanta hermosura revuelta! Pero, por más que pienso en ella y su hermosura, de lo único que me acuerdo bien es de sus ojos.

y 6

EL FIN TOTAL

SUBÍA lento el humo, y el sol caído lo coloreaba de través, con tonos que se perdían melodiosamente. Y con sus tonos, el humo se desvanecía también.

Yo, en enamorado panteísmo avasallador, era despedida de luz, metamorfosis de color que iba bajando, y humo que me huía. Sol y humo y yo éramos también una columna fatal de silenciosa desesperanza.

De pronto, el sol se puso, se limpió el humo y yo desaparecí. Todo el mundo se había muerto. El fin total había venido con el fin de una cosa, una cosa que era casi nada, una emanación; un humo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

5

[175]

De Intuiciones Pre-Cristianas*

La necesidad matemática es un intermediario entre toda la parte natural del hombre, que es materia corporal y psíquica, y la parcela infinitamente pequeña de sí mismo que no pertenece a este mundo. El hombre, aunque se esfuerce, pero a menudo vanamente, por mantener en sí la ilusión contraria, es aquí abajo el esclavo de las fuerzas de la naturaleza, que lo superan infinitamente. Esta fuerza que gobierna el mundo y hace obedecer a todo hombre, como un amo armado de un látigo hace obedecer con seguridad a un esclavo, es lo mismo que el espíritu humano concibe bajo el nombre de necesidad. La relación de la necesidad con la inteligencia no es ya la relación del amo con el esclavo. No es tampoco la relación inversa, ni de dos hombres libres. Es la relación del objeto contemplado con la mirada. La facultad que en el hombre mira la fuerza más brutal, como se mira un cuadro, nombrándola necesidad, no es lo que en el hombre pertenece al otro mundo. Está en la intersección de los dos mundos. La facultad que no pertenece a este mundo es la del consentimiento. El hombre es libre de consentir o no a la necesidad. Esta libertad no es actual en él sino cuando concibe la fuerza como necesidad, es decir cuando la contempla. No es libre para consentir a la fuerza como tal. El esclavo que ve el látigo levantarse sobre él no consiente, no rehusa su consentimiento, tiembla. Sin embargo, bajo el nombre de necesidad, es de fijo a la fuerza brutal a lo que consiente el hombre; cuando consiente, es por cierto al látigo. Ningún móvil, ningún motivo puede ser suficiente para ello. Este consentimiento es una locura, la locura propia del hombre, como la Creación, la Encarnación, la Pasión constituyen juntas la locura propia de Dios. Las dos locuras se responden. No es sorprendente que este mundo sea por excelencia el lugar de la desdicha, pues sin la desdicha perpetuamente suspendida ninguna locura por parte del hombre podría hacer eco a la de Dios, que está ya contenida por entero en el acto de crear. Pues, creando, Dios renuncia a ser todo, abandona un poco de ser a lo que es otro que Él. La creación es renunciamiento por amor. La verdadera respuesta al exceso del amor divino no consiste en infligirse voluntariamente un sufrimiento, pues el sufrimiento que uno se inflige a sí mismo, por intenso, largo, violento que sea, no es destructor. No está en el poder de un ser destruirse a sí mismo. La verdadera respuesta consiste solamente en consentir a la posibilidad de ser destruido, es decir a la posibilidad de la desgracia, produzcase efectivamente o no. Uno no se inflige nunca la desgracia, ni por amor, ni por perversidad. A lo más puede, bajo

(*) *Intuitions pré-chrétiennes*, La Colombe, Editions du Vieux Colombier, Paris, 1951.

una u otra inspiración, dar distraídamente y como sin saberlo, dos o tres pasos que conduzcan al punto resbaladizo a partir del cual uno se vuelve la presa de la pesantez o cae sobre piedras que rompen los riñones.

El consentimiento a la necesidad es puro amor y aún en cierta forma exceso de amor. Este amor no tiene por objeto la necesidad misma ni el mundo visible del cual es la estofa. No está en el poder del hombre amar a la materia como tal. Cuando un hombre ama un objeto, es o bien porque aloja en él mediante el pensamiento una porción de su vida pasada, a veces también un porvenir deseado, o bien porque ese objeto se relaciona con otro ser humano. Se ama un objeto que es el recuerdo de un ser amado, una obra de arte que es el trabajo de un hombre de genio. El universo es para nosotros un recuerdo; ¿de qué ser amado? El universo es una obra de arte; ¿qué artista es su autor? No poseemos respuesta a estas preguntas. Pero cuando el amor de donde procede el consentimiento a la necesidad existe en nosotros, poseemos la prueba experimental de que hay una respuesta. Pues no es por el amor de los otros hombres que consentimos a la necesidad. El amor de los otros hombres es en un sentido un obstáculo a ese consentimiento, pues la necesidad aplasta a los demás tanto como a nosotros. Es por el amor de algo que no es una persona humana, y que sin embargo es algo como una persona. Pues lo que no es algo como una persona, no es objeto de amor. Cualquiera que sea la creencia profesada con respecto a las cosas religiosas, incluyendo el ateísmo, allí donde hay consentimiento completo, auténtico e incondicional a la necesidad, hay plenitud de amor de Dios; y en ninguna otra parte. Ese consentimiento constituye la participación en la Cruz del Cristo.

Nombrando *Logos* a ese ser humano y divino que amaba por encima de todo y del que era querido, San Juan encerró en una palabra, entre otros muchos pensamientos infinitamente preciosos, toda la doctrina estoica del *amor fati*. Esta palabra *Logos*, tomada a los estoicos griegos que la habían recibido de Heráclito, tiene muchas significaciones, pero la principal es esa ley cuantitativa de variación que constituye la necesidad. *Fatum* y *logos* están por lo demás emparentadas semánticamente. El *fatum*, es la necesidad, la necesidad, es el *logos*, y *logos* es el nombre mismo del objeto de nuestro más ardiente amor. El amor que San Juan tenía a aquél que era su amigo y su señor, cuando estaba inclinado sobre su pecho durante la Cena, es ese mismo amor que debemos tener al encadenamiento matemático de causas y efectos que, de tiempo en tiempo, hace de nosotros una especie de papilla informe. Manifiestamente eso es locura.

Una de las palabras más profundas y más oscuras del Cristo hace aparecer esta absurdidad. El reproche más amargo que hacen los hombres a la necesidad, es su indiferencia absoluta a los valores morales. Justos y criminales reciben igualmente los beneficios del sol y de la lluvia; justos y criminales son igualmente heridos de inso-

lación, ahogados en las inundaciones. Es precisamente esta indiferencia lo que el Cristo nos invita a mirar como la expresión misma de la perfección de nuestro Padre celeste y a imitar. Imitar esa indiferencia, es simplemente consentir en ello, es aceptar la existencia de todo lo que existe, incluyendo el mal, excepto solamente la porción de mal que tenemos la posibilidad y la obligación de impedir. Mediante esta simple palabra el Cristo anexó todo el pensamiento estoico, y al mismo tiempo Heráclito y Platón.

No se podría nunca probar que una cosa tan absurda como el consentimiento a la necesidad sea posible. Se puede solamente constatarlo. Hay de hecho almas que consienten.

La necesidad es exactamente el intermedio entre nuestra naturaleza y nuestra facultad infinitamente pequeña de libre consentimiento, pues nuestra naturaleza la está sometida y nuestro consentimiento la acepta. De igual modo, cuando pensamos el universo, pensamos también la necesidad como el intermediario entre la materia y Dios. Como nosotros consentimos a la necesidad, Dios el primero por un acto eterno consiente en ella. Pero lo que nombramos en nosotros consentimiento, su análogo en Dios lo nombramos voluntad. Dios hace existir la necesidad extendida a través del espacio y el tiempo por el hecho de que Él la piensa. El pensamiento de Dios es Dios; y en ese sentido el Hijo es la imagen del Padre; el pensamiento de Dios es también el orden del mundo, y en ese sentido el Verbo es el ordenador del mundo. El orden del mundo, en Dios, es el ordenador del mundo, pues en Dios todo es sujeto, todo es persona.

Así como el Cristo es de una parte mediador entre Dios y el hombre, de otra parte mediador entre el hombre y su prójimo, así la necesidad matemática es mediadora de una parte entre Dios y las cosas, de otra parte entre cada cosa y la otra. Consiste en un orden por el cual cada cosa, estando en su sitio, permite a todas las otras existir. El mantenimiento entre límites constituye para las cosas materiales el equivalente de lo que es, para el espíritu humano, el consentimiento a la existencia de otro, es decir, la caridad del prójimo. Por otra parte, para el hombre en tanto ser natural, el mantenimiento entre límites es la justicia.

El orden es equilibrio e inamovilidad. El universo sometido al tiempo está en perpetuo devenir. La energía que lo mueve es principio de ruptura de equilibrio. Pero no obstante ese devenir compuesto de rupturas de equilibrio es en realidad un equilibrio por el hecho de que las rupturas en él se compensan. Ese devenir es un equilibrio refractado en el tiempo. Es lo que expresa la prodigiosa fórmula de Anaximandro, fórmula de una profundidad insondable: "Es a partir de la indeterminación como se cumple el nacimiento para las cosas, es por un retorno a la indeterminación como se opera su destrucción conforme a la necesidad; pues ellas sufren un castigo y una expiación, unas

de parte de las otras, a causa de su injusticia, según el orden del tiempo." Considerado en sí mismo, todo cambio, por consiguiente todo fenómeno, por pequeño que sea, encierra el principio de la destrucción del orden universal. Al contrario, considerado en su conexión con todos los fenómenos contenidos en la totalidad del espacio y del tiempo, conexión que le impone un límite y lo pone en relación con una ruptura de equilibrio igual e inversa, cada fenómeno contiene en sí la presencia total del orden del mundo.

Siendo la necesidad mediadora entre la materia y Dios, concebimos la voluntad de Dios como teniendo con la necesidad y con la materia dos relaciones diferentes. Esta diferencia está expresada, para la imaginación humana, de una manera inevitablemente defectuosa, por el mito del caos primitivo donde Dios establece una orden, mito que sin razón se ha reprochado a la sabiduría antigua, y que se encuentra también indicado en el Génesis. Otra manera de indicar esta diferencia es relacionar particularmente la necesidad con la segunda persona de la Trinidad mirada ya como ordenadora, ya como Alma del Mundo. El Alma del Mundo no es otra cosa que el orden del mundo concebido como una persona. Un verso órfico indica la misma diferencia diciendo: "Zeus terminó el universo y Baco lo consumó." Baco es el Verbo. Aunque la materia existe solamente por el hecho de ser querida por Dios, siendo la necesidad mediadora está más cerca de la voluntad de Dios. La necesidad es la obediencia de la materia a Dios. Así la pareja de contrarios constituida por la necesidad de la materia y la libertad en nosotros tiene su unidad en la obediencia, pues ser libres, para nosotros, no es otra cosa que dejar obedecer a Dios. Toda otra libertad es una materia.

Cuando uno concibe las cosas así, la noción de milagro no es ya algo que se pueda aceptar o rechazar, no tiene ya rigurosamente ninguna significación. O más bien no tiene otra significación que la de una apariencia que ejerce una cierta influencia sobre las almas a cierto nivel, influencia mezclada de bien y de mal.

Mientras pensamos en primera persona, vemos la necesidad desde abajo, desde adentro; nos encierra por todas partes como la superficie de la tierra y la bóveda del cielo. En cuanto renunciarnos a pensar en primera persona por el consentimiento a la necesidad, la vemos desde afuera, debajo de nosotros, pues hemos pasado al lado de Dios. La cara que nos presentaba antes y que presenta todavía a casi todo nuestro ser, a la parte natural de nosotros, es dominación brutal. La cara que presenta después de esta operación a ese fragmento de nuestro pensamiento que ha pasado al otro lado es pura obediencia. Nos hemos hecho los hijos de la casa, y amamos la docilidad de esa necesidad esclava que primero habíamos tomado por un amo.

Pero la posibilidad de un cambio tal de punto de vista es inconcebible sin experiencia. En el momento en que nos resolvemos a consentir a la necesidad, no podemos prever/RMF los frutos de ese consentimiento. Es verdaderamente en primer término pura absurdidad.

Por eso es verdaderamente sobrenatural. Es la obra de la gracia sola. Dios lo opera en nosotros sin nosotros, con tal solamente que nos dejemos hacer. Cuando tomamos conciencia de ello, la operación ya está hecha, nos encontramos comprometidos sin habernos comprometido nunca; no podemos ya apartarnos de Dios sino por un acto de traición.

Como un plano horizontal es la unidad de la cara superior y de la cara inferior, la necesidad es para la materia la intersección de la obediencia a Dios y de la fuerza brutal que somete a las criaturas. A ese mismo nivel de la intersección, hay en la necesidad participación de una parte en la sujeción, de otra parte en la inteligencia, en la justicia, en la belleza, en la fe. La parte de sujeción es evidente. Hay por ejemplo algo duro, metálico, opaco, irreductible al espíritu en la conexión entre las diferentes propiedades del triángulo y el círculo.

Pero así como el orden del mundo, en Dios, es una Persona divina, que se puede llamar Verbo ordenador o Alma del Mundo, así en nosotros, los hermanos menores, la necesidad es relación, es decir pensamiento en acto. "Los ojos del alma", dice Spinoza, "son las demostraciones mismas". No está en nuestro poder modificar la suma de los cuadrados de los lados en el triángulo rectángulo, pero no hay suma si el espíritu no la opera concibiendo su demostración. Ya en el dominio de los números enteros uno y uno pueden permanecer lado a lado durante la perpetuidad de los tiempos, no serán nunca dos si una inteligencia no opera el acto de añadirlos. Sólo la inteligencia atenta tiene la virtud de operar las conexiones, y en cuanto la atención se afloja las conexiones se disuelven. Sin duda hay en nosotros conexiones muy numerosas llegadas a la memoria, a la sensibilidad, a la imaginación, al hábito, a la creencia, pero no encierran la necesidad. Las conexiones necesarias, que constituyen la realidad misma del mundo, no tienen ellas mismas realidad sino como objeto de la atención intelectual en acto. Esta correlación entre la necesidad y el acto libre de la atención es una maravilla. Cuanto mayor es el esfuerzo indispensable de atención, más visible es esta maravilla. Es mucho más visible respecto a las verdades fundamentales que conciernen a las cantidades llamadas irracionales, como la raíz de dos, que respecto a las verdades fundamentales que conciernen a los números enteros. Para concebir las primeras con el mismo rigor que las segundas, para concebirlas como rigurosamente necesarias, es preciso un esfuerzo de atención mucho mayor. Por eso son mucho más preciosas.

Esta virtud de la atención intelectual da una imagen de la Sabiduría de Dios. Dios crea por el acto de pensar. Nosotros, por la atención intelectual, no creamos ciertamente, no producimos ninguna cosa, pero sin embargo en nuestra esfera suscitamos en cierto modo la realidad.

Esta atención intelectual está en la intersección de la parte natural y la parte sobrenatural del alma. Teniendo por objeto la necesidad condicional, no suscita sino una

medio-realidad. Conferimos a las cosas y a los seres en torno, en tanto está en nosotros, la plenitud de la realidad, cuando a la atención intelectual añadimos esta atención todavía superior que es aceptación, consentimiento, amor. Pero ya el hecho de que la relación que compone el tejido de la necesidad está pendiente del acto que opera nuestra atención, hace de ella una cosa nuestra y que podemos amar. Por eso todo ser humano que sufre se alivia un tanto, por poco que tenga alguna elevación de espíritu, cuando concibe claramente la conexión necesaria de las causas y de los efectos que produce su sufrimiento.

La necesidad tiene parte también en la justicia. En un sentido sin embargo es lo contrario de la justicia. No se ha comprendido nada en tanto no se sabe qué diferencia hay, como dice Platón, entre la esencia de lo necesario y la del bien. La justicia para el hombre se presenta de entrada como una elección, elección del bien y rechazo del mal. La necesidad es ausencia de elección, indiferencia. Pero es principio de coexistencia. Y en el fondo para nosotros la suprema justicia es la aceptación de la coexistencia con nosotros de todos los seres y de todas las cosas que de hecho existen. Está permitido tener enemigos, pero no desear que no existan. Si realmente no se tiene en sí ese deseo, no se hará nada tampoco para poner fin a su existencia, fuera de los casos de obligación estricta; no se les hará ningún mal. No hay nada más prescrito, si se entiende bien que abstenerse con respecto a un ser humano del bien que se tiene ocasión y derecho de hacerle, es hacerle mal. Si se acepta la coexistencia con nosotros de los seres y las cosas, no seremos tampoco ávidos de dominación y de riqueza, pues la dominación y la riqueza no tienen otro uso que lanzar sobre esta coexistencia un velo, disminuir la parte de todo lo que es otro que uno. Todos los crímenes, todos los pecados graves son formas particulares del rechazo de esta coexistencia; un análisis suficientemente ceñido lo mostraría para cada caso particular.

Hay analogía entre la fidelidad del triángulo rectángulo a la relación que le prohíbe salir del círculo del cual su hipotenusa es el diámetro y la de un hombre que, por ejemplo, se abstiene de adquirir poder o dinero al precio de un fraude. La primera puede ser mirada como un perfecto modelo de la segunda. Puede decirse otro tanto, cuando se percibe la necesidad matemática en la materia, de la fidelidad de los cuerpos flotantes a salir del agua precisamente tanto como lo exige su densidad, ni más ni menos. Heráclito decía: "El sol no rebasará sus límites; de otro modo las Erinias, servidoras de la Justicia, lo cogerían en flagrante delito." Hay en las cosas una fidelidad incorruptible a su sitio en el orden del mundo, fidelidad de la que el hombre puede presentar el equivalente sólo una vez llegado a la perfección, una vez hecho idéntico a su propia vocación. La contemplación de la fidelidad de las cosas, sea en el mundo visible mismo, sea en las relaciones matemáticas o análogas, es un poderoso medio de llegar a ello. La primera

enseñanza de esta contemplación es no elegir, consentir igualmente a la existencia de todo lo que existe. Este consentimiento universal es la misma cosa que el desasimiento, y hasta el apego más débil o más legítimo en apariencia, lo obstaculiza. Por eso es preciso no olvidar nunca que la luz brilla igualmente sobre todos los seres y todas las cosas. Es así la imagen de la voluntad creadora de Dios que soporta igualmente todo lo que existe. Es a esta voluntad creadora a lo que nuestro consentimiento debe adherirse.

Lo que permite contemplar la necesidad y amarla, es la belleza del mundo. Sin la belleza no sería posible. Pues aunque el consentimiento sea la función propia de la parte sobrenatural del alma, no puede de hecho operarse sin una cierta complicidad de la parte natural del alma y aun del cuerpo. La plenitud de esta complicidad, es la plenitud de la alegría; la extrema desdicha al contrario hace esta complicidad al menos por un tiempo del todo imposible. Pero aún los hombre que tienen el privilegio infinitamente precioso de participar en la cruz del Cristo no podrían alcanzarlo si no hubieran atravesado la alegría. El Cristo conoció la perfección de la alegría humana antes de ser precipitado al fondo de la congoja humana. Y la alegría pura no es otra cosa que el sentimiento de la belleza.

La belleza es un misterio; es lo más misterioso que hay aquí abajo. Pero es un hecho. Todos los seres reconocen su poder, incluyendo los más rudos o los más viles, aunque muy pocos posean su discernimiento y uso. Es invocada en la más baja disipación. De una manera general, todos los seres humanos emplean las palabras que se relacionan con ella para designar todo eso a lo que ellos vinculan, con razón o sin ella, un valor, cualquiera que sea la naturaleza de ese valor. Diríase que ven a la belleza como el valor único.

No hay aquí abajo, propiamente hablando, más que una sola belleza, es la belleza del mundo. Las otras bellezas son reflejos de ésta, sea fieles y puros, sea deformados y manchados, sea incluso diabólicamente pervertidos.

De hecho, el mundo es bello. Cuando estamos solos en plena naturaleza y dispuestos a la atención, algo nos lleva a amar lo que nos rodea y que, sin embargo, sólo está formado de material brutal, inerte, muda y sorda. Y la belleza nos conmueve tanto más vivamente cuando la necesidad aparece de una manera más manifiesta, por ejemplo en los pliegues que la gravedad imprime a las montañas o a las olas del mar, o en el curso de los astros. En la matemática pura también, la necesidad resplandece de belleza.

Sin duda la esencia misma del sentimiento de la belleza es el sentimiento de que esa necesidad, una de cuyas caras es sujeción brutal, tiene como otra cara la obediencia a Dios. Por efecto de una misericordia providencial, esta verdad se ha hecho sensible a la parte carnal de nuestra alma y aún en cierto modo a nuestro cuerpo.

Este conjunto de maravillas es consumado por la presencia, en las conexiones necesarias que componen el orden universal, de las verdades divinas expresadas simbólicamente. Es esa la maravilla de las maravillas, y como la firma secreta del artista.

Se hace doble agravio a la matemática cuando se la mira sólo como una especulación racional y abstracta. Ella es eso, pero es también la ciencia misma de la naturaleza, una ciencia del todo concreta, y es también una mística. Las tres cosas juntas e inseparablemente.

Cuando se contempla la propiedad que hace del círculo el sitio de los vértices de los triángulos rectángulos que tienen la misma hipotenusa, si uno se representa al mismo tiempo un punto describiendo el círculo y la proyección de ese punto sobre el diámetro, la contemplación puede extenderse muy lejos hacia lo alto y lo bajo. La conexión de los movimientos de los dos puntos, uno circular, el otro alternativo, encierra la posibilidad de todas las transformaciones de movimiento circular en alternativo, e inversamente, que son la base de nuestra técnica. Esa conexión es el tejido mismo de la operación por la cual un amolador afila unos cuchillos.

De otra parte el movimiento circular, si se concibe no un punto, sino un círculo entero girando sobre sí mismo, es la imagen perfecta del acto eterno que constituye la vida de la Trinidad. Este movimiento constituye una operación sin ningún cambio que se riza sobre sí mismo. El movimiento alternativo del punto que va y viene sobre el diámetro, encerrado por el círculo, es la imagen del devenir de aquí abajo, hecho de rupturas de equilibrio sucesivas y contrarias, equivalente cambiante de un equilibrio inmóvil y en acto. Este devenir es sin duda la proyección aquí abajo de la vida divina. Como el círculo encierra el punto móvil sobre el diámetro, Dios asigna un término a todos los devenires de aquí abajo. Como dice la Biblia, él encadena las olas del mar. El segmento de la recta que une el punto del círculo a su proyección sobre el diámetro es en la figura un intermediario entre el círculo y el diámetro; al mismo tiempo, desde el punto de vista de las cantidades, es, en tanto que media proporcional, la mediación entre las dos partes del diámetro que están de una parte y otra del punto. Es la imagen del Verbo. De una manera general, el círculo es necesario a la construcción de toda media proporcional entre cantidades cuya relación no es un número racional a la segunda potencia; y la media es siempre dada por una perpendicular que se une a un punto del círculo en el diámetro. Si se prolonga la perpendicular del otro lado, se tiene una cruz inscrita en un círculo. Si los términos entre los cuales se busca una media están en la relación de uno a dos, se demuestra que ningún número entero puede ofrecer la solución porque debería ser a la vez par e impar. Por eso puede decirse que la cantidad que construye esta media y que es la medida de este segmento de recta es la vez par e impar. Los Pitagóricos miraban la oposición entre impar y par como una imagen

de la oposición entre sobrenatural y natural, a causa del parentesco del impar con la unidad. Todo eso está encerrado en el acto de un amolador o de una costurera que mueve una rueda por medio de un pedal.

Esto no es sino un pequeño ejemplo. De una manera general, la matemática es el sentido más vasto, es decir, englobando bajo ese nombre todo estudio teórico, riguroso y puro de relaciones necesarias, constituye a la vez el único conocimiento del universo material en que existimos y el reflejo manifiesto de las verdades divinas. Ningún milagro, ninguna profecía es comparable a la maravilla de esa concordancia. Para concebir la extensión de esta maravilla, es preciso darse cuenta de que la percepción misma de las cosas sensibles, hasta en los seres humanos menos desarrollados, encierra implícitamente una gran cantidad de relaciones matemáticas que constituyen su condición; que la técnica, incluso la más primitiva, es siempre en algún grado matemática aplicada, al menos implícitamente; que el manejo metódico de las relaciones matemáticas de los movimientos del trabajo y la técnica es lo que únicamente puede ofrecer a veces al hombre ese sentimiento de equilibrio con las fuerzas de la naturaleza que corresponde a la felicidad natural; que el uso de las relaciones matemáticas es lo único que permite considerar al mundo sensible como constituido de materia inerte y no de innumerables divinidades caprichosas. Es esa misma matemática que constituye en primer término, ante todo, una especie de poema místico compuesto por Dios mismo. A tal punto, que uno está tentado de dudar que una cosa tan grande sean tan reciente, y a suponer que quizás los Griegos no inventaron, sino en parte simplemente divulgaron y en parte reenccontraron la geometría.

Al término de tales meditaciones, se llega a una visión extremadamente simple del universo. Dios ha creado, es decir, no que haya producido algo fuera de sí, sino que se ha retirado, permitiendo a una parte del ser, ser otro que Dios. A ese renunciamento divino responde el renunciamento de la creación, es decir, la obediencia. El universo entero no es otra cosa que una masa compacta de obediencia. Esta masa compacta está sembrada de puntos luminosos. Cada uno de esos puntos es la parte sobrenatural del alma de una criatura razonable que ama a Dios y consiente en obedecer. El resto del alma está cogido en la masa compacta. Los seres dotados de razón que no aman a Dios son solamente fragmentos de la masa compacta y oscura. Ellos también son por entero obediencia, pero solamente a la manera de una piedra que cae. Su alma también materia, materia psíquica, sometida a un mecanismo tan riguroso como el de la gravedad. Incluso su creencia en su propio libre arbitrio, las ilusiones de su orgullo, sus retos, sus rebeldías, todo eso, son simplemente fenómenos tan rigurosamente determinados como la refracción de la luz. Considerados así, como materia inerte, los peores criminales forman parte del orden del mundo y por consiguiente de la belleza del mundo. Todo

obedece a Dios, por consiguiente todo es perfectamente hermoso. Saber eso, saberlo realmente, es ser perfecto como el Padre celeste es perfecto.

Este amor universal sólo pertenece a la facultad contemplativa del alma. El que ama verdaderamente a Dios deja a cada parte de su alma su función propia. Por debajo de la facultad de contemplación sobrenatural se encuentra una parte del alma que está al nivel de la obligación, y para la cual la oposición del bien y del mal debe tener toda la fuerza posible. Más abajo todavía esta la parte animal del alma que debe ser metódicamente enderezada por una sola sabia combinación de latigazos y trozos de azúcar.

En aquellos que aman a Dios, incluso en los que son perfectos, la parte natural del alma está siempre enteramente sometida a la necesidad mecánica. Pero la presencia del amor sobrenatural en el alma constituye un factor nuevo del mecanismo y lo transforma.

Somos como náufragos agarrados a unas tablas sobre el mar y zarandeados de una manera enteramente pasiva por todos los movimientos de las olas. De lo alto del cielo Dios lanza a cada uno una cuerda. Aquél que coge la cuerda y no la suelta a pesar del dolor y el miedo, queda tanto como los otros sometido a los empujes de las ondas; sólo que esos empujes se combinan con la tensión de la cuerda para formar un conjunto mecánico diferente.

Por eso, aunque lo sobrenatural no desciende al dominio de la naturaleza, la naturaleza sin embargo es cambiada por la presencia de lo sobrenatural. La virtud, que es común a todos los que aman a Dios, y los milagros más sorprendentes de algunos santos, se explican parejamente por esta influencia, que es tan misteriosa como la belleza y de la misma especie. una y otra son un reflejo de lo sobrenatural en la naturaleza.

Cuando se concibe el universo como una inmensa masa de obediencia ciega sembrada de puntos de consentimiento, y se concibe también el propio ser como una pequeña masa de obediencia ciega con un punto, en el centro, de consentimiento. El consentimiento, es el amor sobrenatural, es el Espíritu de Dios en nosotros. La obediencia ciega, es la inercia de la materia, que está perfectamente representada para nuestra imaginación por el elemento a la vez resistente y fluido, es decir, por el agua. En el momento en que consentimos a la obediencia, somos engendrados a partir del agua y del espíritu. Somos desde entonces un ser únicamente compuesto de espíritu y de agua.

El consentimiento a obedecer es mediador entre la obediencia ciega y Dios. El consentimiento perfecto es el del Cristo. El consentimiento en nosotros no puede ser más que un reflejo del de Cristo. El Cristo es mediador entre Dios y nosotros de una parte, de otra parte entre Dios y el universo, y también nosotros, en la medida en que nos es concedido imitar al Cristo, tenemos ese extraordinario privilegio de ser en algún grado mediadores entre Dios y su propia creación.

Pero el Cristo es la mediación misma, la armonía misma. Filolao decía: "Las cosas que no son de la misma especie y de la misma naturaleza ni del mismo rango tienen necesidad de ser encerradas juntas bajo llave por una armonía capaz de mantenerlas en un orden universal." El Cristo es esa llave que encierra juntos al Creador y la creación. Siendo el conocimiento el reflejo del ser, el Cristo es también, por eso mismo, la llave del conocimiento. "Desdicha a vosotros, doctores de la ley", decía él; "vosotros habéis quitado la clave del conocimiento". Esa clave, era él mismo, a quien los siglos anteriores habían amado de antemano, y que los Fariseos habían negado e iban a hacer morir.

El dolor, dice Platón, es la disolución de la armonía, la separación de los contrarios; la alegría es su reunión. La crucifixión del Cristo casi ha abierto la puerta, casi ha separado, de una parte el Padre y el Hijo, de otra parte el Creador y la creación. La puerta se ha entreabierto. La resurrección la ha vuelto a cerrar. Aquéllos que tienen el privilegio inmenso de participar con todo su ser en la Cruz del Cristo atraviesan la puerta, pasan al lado donde se encuentran los secretos mismos de Dios.

Pero más generalmente toda especie de dolor y, sobre todo, toda especie de dolor bien soportado, hace pasar al otro lado de una puerta, hace ver una armonía bajo su faz verdadera, la faz vuelta hacia lo alto, desgarrada uno de los velos que nos separan de la belleza del mundo y la de Dios. Es lo que muestra el fin del libro de Job. Job, al término de su desgracia, que a pesar de la apariencia ha soportado perfectamente bien, recibe la revelación de la belleza del mundo.

Hay por lo demás una especie de equivalencia entre la alegría y el dolor. La alegría también es revelación de la belleza. Todo hace avanzar a aquél que mantiene siempre los ojos fijos en la llave. Es preciso solamente verla.

Hay en la vida humana tres misterios de los que todos los seres humanos, aún los más mediocres, tienen más o menos conocimiento. Uno es la belleza. Otro es la operación de la inteligencia pura aplicada a la contemplación de la necesidad teórica en el conocimiento del mundo, y la encarnación de las concepciones puramente teóricas en la técnica y el trabajo. El último, son los relámpagos de justicia, de compasión, de gratitud que surgen a veces en medio de la dureza y la frialdad metálica de las relaciones humanas. Son esos tres misterios sobrenaturales constantemente presentes en plena naturaleza humana. Son tres aperturas que dan directamente acceso a la puerta central que es el Cristo. A causa de su presencia no hay posibilidad para el hombre aquí abajo de una vida profana o natural que sea inocente. No hay sino la fe, implícita o explícita, o bien la traición. Es preciso llegar a no ver por debajo de los cielos y a través del universo otra cosa que la mediación divina. Dios es mediación, y toda mediación es Dios. Dios es mediación entre Dios y Dios, entre Dios y el hombre, entre

el hombre y el hombre, entre Dios y las cosas, entre las cosas y las cosas, y aún entre cada alma y ella misma. No se puede pasar de nada a nada sin pasar por Dios. Dios es el único camino. Él es la vía. Vía era su nombre en la China antigua.

El hombre no puede concebir esta operación divina de la mediación, puede solamente amarla. Pero su inteligencia concibe de ella, de una manera perfectamente clara, una imagen degradada, que es la relación. No hay nunca otra cosa en el pensamiento humano que relaciones. Aun los objetos sensibles, desde que se analiza su percepción de una manera un poco rigurosa, se reconoce que nombramos con ese nombre simples núcleos de relaciones que se imponen al pensamiento por intermedio de los sentidos. Lo mismo ocurre con los sentimientos, con las ideas, con todo el contenido psicológico de la conciencia humana.

No tenemos en nosotros y alrededor de nosotros más que relaciones. En las semitieneblas en que estamos hundidos, todo para nosotros es relación, como en la luz de la realidad todo es en sí mediación divina. La relación, es la mediación divina entrevista en nuestras tieneblas.

Esta identidad es lo que expresaba San Juan dándole al Cristo el nombre de relación, *logos*, y lo que expresaban los Pitagóricos diciendo: "Todo es número."

Cuando uno sabe eso, uno sabe que vive en la mediación divina, no como un pez en el mar, sino como una gota de agua en el mar. En nosotros, fuera de nosotros, aquí abajo, en el reino de Dios, en ninguna parte hay otra cosa. Y la mediación, es exactamente la misma cosa que el Amor.

La mediación suprema es la del Espíritu Santo uniendo a través de una distancia infinita el Padre divino al Hijo igualmente divino, pero vaciado de su divinidad y clavado en un punto del espacio y del tiempo. Esta distancia infinita está hecha de la totalidad del espacio y del tiempo. La porción de espacio en torno de nosotros, limitada por el círculo del horizonte, la porción de tiempo entre nuestro nacimiento y nuestra muerte, que vivimos segundo tras segundo, que es el tejido de nuestra vida, constituye un fragmento de esa distancia infinita enteramente atravesada de amor divino. El ser y la vida de cada uno de nosotros son un pequeño segmento de esa línea cuyos extremos son dos Personas y un solo Dios, esa línea por donde circula el Amor que es también el mismo Dios. No somos otra cosa que un sitio por donde pasa el Amor divino de Dios por sí mismo. En ningún caso somos otra cosa. Pero si lo sabemos y consentimos en ello, todo nuestro ser, todo lo que en nosotros parece ser nosotros mismos, se nos torna infinitamente más extraño, más indiferente y más lejano que ese pasar interrumpido del Amor de Dios.

SIMONE WEIL

Traducción de C. V.

Monólogos

1

A cada uno su propia vida va cercando.
Cada hecho engendrando un semejante,
cada causa un efecto, y esas celestes
máquinas, gobernadas desde adentro,
prosiguen. Hora extraña! En la profunda
casa ya todos duermen. Al nacer, ya caímos
en la trampa. A sufrir, a errar! Vamos!
Niño! No esperes recorrer los caminos
del jardín. Sólo hay uno
por el que irás y en donde, entre la yerba,
el lagarto enseña su lengua roja, y se esconde.

2

Siempre vuelven al pórtico los viejos
mercaderes. Tanto diste, recibes
tanto. No, no es dable
aguardar un enorme iris, un consuelo
inaudito. Esperaba que se fuera
la visita y salir con mamá. Menudas
fatalidades! Está echada la suerte.
Que no venga el que aguardas
junto a la luz, y como un borracho,
vuelque la mesa de la medianoche!

3

Uno que va a morir dijo: me gustaría
ese pueblecito. Un moribundo
piensa en un pueblecito: sería bueno
vivir allí. ¿Dónde jamás viviera
antes? Alguien que no espera la dicha

y está cumplido, piensa que es suficiente
el pueblo de sillones polvorientos,
el pueblo del espiritista y el protestante
(buena gente), solamente alguien
que no espera la dicha
puede ver un tamaño real en lo desnudo
y el gran oro en que brillan
esas piedras que no pueden detener el ocaso.

4

Miraba el sauce enorme. Es precisa
una consumación. Todos quisiéramos
comernos nuestros días cual pan inacabable
y que eso fuera todo. Pero es precisa
una consumación. Algo más que la muerte
a esa loca mitad que es cada vida,
otro interlocutor más comprensivo.
Gracia piden los dones... Y la culpa
quedárase sin rabo, como perro de calle?
Amemos ese exceso, el cumplimiento
de la luz. El presagio regresa
y ama el povo, mientras que, locamente,
se yergue el manantial del sauce, enorme.

5

Hora distinta! Exacta madurez!
Nada añade el orgullo al peso sacro
de las cosas. Miraba el jardinero
saliendo del verdor con ojillos de pájaro,
picoteado el sombrero de alas anchas.
¿Ese reflejo verde en las mejillas
fiel lo cumple? No más! Y de una vez comprendamos
que entra en lo desconocido y participa
del deseo de ser, como la luz,
algo más que lo que gana o lo que pierde.

El moribundo piensa
 en un pueblo. Polvo, luz desierta.
 En el blancor, el perro
 pasa junto al portal vacío. Apacible
 leer! Se alegrará de vernos.
 Últimos caldos, sopillas! Tintineo
 de pasillo a mitad de mañana
 ¿tan temprano? Querrá hacernos
 sus cuentos. (Vastas zonas no tocan
 ganancia, eterna pérdida, abren mudas
 pequeñas magnitudes de deseo,
 fragmentos que no siguen, cuerpos tuyos
 de animal en la luz). En lo desnudo
 el niño abre la puerta, en el absoluto
 desnudo.

San Juan, Cap. 11.

Cese el omnipotente funeral,
 la procesión de adentro aulladora,
 que es un ahora y siempre todo ahora
 y no se puede echar un día atrás.

Se puede una montaña descuajar,
 mudarse en hombre un niño, en oro el mar,
 puede el trueno el rugido trasvolar
 en nube negra, alción, tormenta o sal.

Pero el día que fué no cambiará.
 Cese el juicio incesante, el tribunal
 del oro cese, callen las culpas lázaros

que nos cargan la espalda. Rompe, mece,
 Señor, burla la cuenta, haz el milagro.
 Van cuatro noches y el cadáver hiede.

FINA GARCÍA MARRUZ

El Apócrifo

Los árboles callaban en sus sitios,
 las nubes sigilosas combinaban
 sus imágenes raudas y vacías,
 el mar bañaba espejos y ciudades.
 Yo le dije a mi alma: sueña!
 Entonces un rumor
 de grotescas, lejanas maquinarias,
 me anunció que el deseo se acercaba.
 Como siempre, empecé a sufrir y ansiar,
 pero sólo una extraña indiferencia
 se encendía en el centro
 de mis actos más amados.
 Quise apoyarme en una frente
 y me espantó su condición abstracta.
 No había caridad, nada era cierto.
 Entonces miré de nuevo al mundo:
 fingido eternamente me esperaba
 sin otra apelación. Estaba condenado
 a sostener el simulacro de la vida:
 pues también yo imitaba mi esperanza
 como un actor que no se hace
 demasiadas ilusiones, pero tiene que seguir
 todas las noches en la escena.
 Entonces comprendí que era el infierno.

CINTIO VITIER

Retrato de Julio Supervielle

Ese joven que descende por una calle de
Montevideo

Con un diamante en el dedo
Vestido de negro como un juez agrícola
Es Julio hijo de Juan
(desea tomar una taza de té en una barca
ahora que el mar está lejos!)

Sabe muchas cosas mientras marcha:
Cómo responder a la urraca
Saludar en su ventana de cerámica
a la alumna de diez y seis años como una avellana
en la noche
(grandes árboles derraman su forraje
es un bello final de tarde en Uruguay)

Ahora Julio qué te has vuelto
desde que perdiste los veinte años de tu sombra
y se marchitó la mimosa de tu chaleco florido?
(afuera hay un pequeño viento indio
que llora)

Cómo se imaginan tu rostro
Aquéllos que nunca te han visto
(sentados en los escalones de tus libros
o con los pies desnudos en tus fuentes)
A la luz de una bujía que rayea
de través?

Si yo les dijera que te pareces a un
cartero de las montañas
a una encina desplumada por la noche?)

Elefante y mariposa reunidos bajo la misma
envoltura
(Con tu gran nariz como una valija de viaje)
Con tus piernas que no terminan nunca
Pues eres largo Julio como dos veces
tu edad.

Si pudieran oír tu voz de refunfuños de agua
ver sobre tus hombros ese chal de penitencia
en esa casa de dos calles donde portas Corona
Nadie ha sacudido mejor que tú las ciruelas
del árbol de poesía
Oh poeta familiar...

Que el caballo sentado sobre su trono
en la calle de los panaderos
Abra al crepúsculo su persiana
y echando una bocanada por su nariz recuerde:
Quién ha celebrado mejor su pectoral de pelos
y perlas
Quién lo ha paseado por el Tiempo con una cuerda
Quién reúne sus cuatro cascotes
en el reloj de arena?

Y el león?
Quién talló su barba en redondo con tijeras
circulares
Quién hizo posar su pata de león
sobre la rosa primaveral
Quién le enseñó a hacer reverencia en nuestras casas
como pequeña señorita
Ser guardián de noche en los poemas?

Los pájaros vuelan con alas universales
para la alegría de los ojos
Quién los aprisionó en una pala

Hizo comercio de ámbar con un gato de tres kilos
Y depositó en el mostrador la confitura
de juncos
En otoño cuando gentes y vientos se lamentan?

No hay dicha Julio que no sea
melancolía

Ahora es de noche en la calle Massenet
los ogros están por todas partes
Tu reloj de Montevideo está colocado sobre la mesa
El sueño te ha cogido por los hombros:
Él mezcla la manzana de Francia a las cañas de azúcar
de las hadas
Tú duermes como un gran libro de imágenes

GEORGES SCHEHADÉ

Traducción de C. V.

Pequeño Sucedido

Algunas personas sienten el soplo de esta experiencia. Rosita fué absorbida en ella. Y no por alguna razón que proviniese de su espíritu; era, quizás, por ser la que más trabajaba.

Bajaba del ómnibus con el sucedido de una transferencia enrollada a su dedo. Tenía el propósito de contarle a Roberto aquello pequeño que había oído. Nunca lo había hecho, nunca lo llegaría a hacer. En la acera, camino de la oficina, bastaba aquel trozo de ciudad que siempre veía para convencerla de la ininteligibilidad de su hecho. Aunque lo que veía no era nada: algunos baldíos, un garage, una horrible estructura de piedra. Eso bastaba. A veces ni eso: el pasar de una máquina, la risa de un transeúnte, iban llenando de bochorno su decir, haciéndole incomprensible; ella se asustaba de habérselo querido comunicar a Roberto. Al fin lo olvidaba.

Sólo volvía en la noche. Los vecinos venían a ver el televisor. Ella se acurrucaba, molía sus párpados en las imágenes. Era otra.

Reían, ella reía entre las sombras. Pero, dentro de su cuerpo, estaba contándole a Roberto todas sus anécdotas. Entonces se sentía bien, quería que todo continuara. Ya estaban todos, todos los empleados de la oficina. Ella era el centro, sin que tuviera que decir.

Se arrellenaba más y más en la butaca, se embriagaba con las sombras de la sala. Los vecinos reían moderadamente. Unos muñequitos saltaban. Ella pensaba: había algo incomprensible en su oficina; había un toque... misterio... ¡Que boba soy! se decía riendo hacia sus párpados. Allí estaban las imágenes, los amigos que la escuchaban.

Viejo mulato con su taburete pequeño, sentado en la misma acera. Vendía una floración de banderas pequeñas. Rosita veía su aletear, pequeños escarabajos que robaban su mirada. De pronto caían, desentendidas, monologaban con un espacio acurracada. Un instante: el aire, empequeñecido, era batido por sus ingenuos colores. Un instante: asomaban algunos ruidos; las banderitas volvían a ser pequeñas; el aire, ya gigante, las abandonaba, trepando por los techos de la ciudad. Quedaban las pequeñas banderas, de un solo tirón, a los pies de ella. Un demiurgo había hecho el cambalacho de algunos objetos.

A Rosita le fascinaban sus colores. Colores dentro del espacio de una bandera. Izaban—así era exactamente como ella lo sentía—restos de su vivir en la escuela. Sonaba, con apagado murmullo, un solo recuerdo:

Ella tenía que oír las clases con los brazos cruzados. Fué algo molesto, después cumplió ciertos deseos... El no poder jugar, el no poder estar en su casa, habían metamorfosado su nostalgia en la disciplina de los brazos cruzados. Una sensación. Después fué un deleite, casi una obsesión. En las vacaciones le gustaba, al acostarse cruzar los brazos; sentía que domesticaba sus alegrías, que le apretaba la nostalgia a cualquier juego.

Y, ahora, las banderitas con el recuerdo. Ella las sentía dentro de sus brazos escolares, dentro del juego disciplinado de su auto-castigo. Mientras, aleteaban su infantil manera. A sus pies. Abandonadas por el demiurgo.

Un soplo, las banderas. Rosita, los otros empleados, se precipitaban en el edificio. El elevador, su pequeña misión: la oficina en el primer piso. Nada sentían en el leve ascenso. Una pisadita apenas. Rosita pensaba en Roberto. Los empleados no pensaban en nada.

Elevador, infantil. Su tía usaba abanicos—eran los tiempos en que se usaban abanicos grandes, prometedores. Los llevaba al cine. Allí, al cine de barrio. Sensible al cerrar del abanico. Entre las sombras del cine. Perseguía el tric-trac rápido de sus varillas. Abandonaba las películas, quizás no las entendiera todavía. Se hacía conjuros. Tric... pero trac. Pero que si no... que si no volvía ese trac consolador, podría ser devorado todo, ella misma y su tía, por las sombras del cine.

Instantaneidad, subir del elevador. Que sí, que... podría volver a suceder lo mismo. Sería el abanico de su tía, sería su niñez en un cine de barrio. Todos, hasta la misma oficina, serían devorados por la sombra, por su sombra fílmica.

—¿Comienzo las llamadas, Señor?—Rosita frente a los teléfonos. La hilada perspectiva del día jugaba sus asombros frente a ella. Repasaba lúcidamente las paredes, los techos; comenzaba una sonambúlica vigilia. El acondicionador del aire diluía toda su voluntad, la lanzaba hacia cualquier desnivel, como si su alma también se le deslizara por cualquier contorno.

—¿Comienzo las llamadas, Señor?—El estaba aunque ella no lo viera: Medina—Serantes el jefe. Sus manos habían adquirido la cómica, pastosa seguridad de los hombres de negocios. "Por la noche se quitará esas manos", se decía Rosita.

El ahora oía su pregunta. Todos los relojes del mundo estaban dando su vida. Comenzar, había que comenzar a todo.

—¿Comienzo...?

Hálito. El elevador de nuevo. Allí llegaría Roberto. Roberto no era mal tipo, buen compañero. Ella quería contarle sus anécdotas, pero éso sólo sucedía entre las sombras de su sala. La recorrió un sordo recuerdo olvidado, algo como una advertencia: ¡nunca le podría contar sus anécdotas! Ellas quedaban, apagadas, rodando también

como su alma. ¿Tendría ella alma? Se lo había preguntado a su madre ayer: nada, algo que se dice por pasar el rato.

Sonaba, distintos hilos entrecruzados. A veces sucedía así, aun siendo mañana. Los teléfonos andaban mal.

Sonaba, pequeño ruido: ocupado. Volver a llamar. Tampoco sus anécdotas las podría abrir nunca: ocupadas. El pasó. No había saludado. No importaba, a veces era así; ella estaba con su teléfono.

"Por la noche se quitará esas manos." El estaría frente a sus manos. El no parecía comprender: ni sus anécdotas, ni las manos del jefe, ni nada.

...éso es lo que hay que comprender. Desenrolló un largo tubo de papel. Roberto estaba a su lado.

—Mire, es esto—. El largo tubo de papel como un tirabuzón estúpido. Estaban las letras pequeñas. Poblado de letras. No había que leer nada. Sólo comenzar... mañana estaría en los periódicos.

Roberto sacó el pañuelo. Un objeto como cualquiera, como aquellas mismas letras. Además, podía encontrar con él un sabor de su frente; sí, sus sienas, sus mejillas estaban por donde las recorría su pañuelo. No era nada más que pasar y, ya él se sabía algo de su rostro, de su manera de estar frente aquel escritorio. "Rostro—escritorio—tiene borrones de letras.

—¿De acuerdo?—la voz del jefe apenas subrayaba nada, Roberto tuvo la impresión de haber sido despertado. Esto seguía, ¿hasta dónde iba a llegar con aquella vigilia? La luz neón hacía guiños para aparecer, se oía el tecleo de una máquina.

Usted trabajará con esto La voz del jefe por lo suyo. Largas cintillas brillantes, patas de letras sobre la mesa de todos. Roberto encendió un cigarro.

—Yo hace meses estoy en lo mío... Y lo mío es mío, y a otra cosa. Favor de no...

Algo creía tener el Ramírez, pero eso sí, lo suyo era suyo y a otra cosa. No era para que lo entorpecieran, no era para ser manchado por la bocanada del humo. Del humo... Roberto apagó su cigarro. Se cerró una de las tantas puertas de la oficina: Ramírez había desaparecido. Quizás todo se desplomara.

Favor de no... Si se precipitaban unos sobre otros podría ser peor. Había que respetarse algo. Estaba la dignidad humana y todos esos negocios. Estaba la dignidad, sí.

Esto se pondrá claro ahora, pensaba siempre Roberto cuando ya iba abandonar el despacho del jefe. Habría, habría algún tiempo para pensar: frente a su mesa, cuando se dispusiera a escribir. Sí, es verdad, estaba Ramírez; pero Ramírez era otra cosa, que no lo... Nada le importaban. Esto quizás llegara a ponerse claro.

Un tubo largo, desenrollado: Toda su duda, preguntas, atravesando largas planicies

de sus letras. Había que comenzar hoy. Rosita siempre lo decía. Buena muchacha Rosita, un día la llevaría al cine.

No pudo seguir. La puerta se cerró detrás del. "el jefe se aburriría insoportablemente." Cruzaría las piernas, leería el periódico. Anuncio... mancheta... el mismo barrenillo de la publicidad Cuevas-González. Llamaría a Ramírez. A él no le importaba nada de éso. El jefe estaba detrás.

Miró sus manos.

Después tomaría cualquier cosa.

Había pensado algo. Algo que no era nada de esto. Volvía al hilo de sus bolsillos, de su rumia. Por ahí podía quedar algún comienzo. —Rosita lo decía... —Había salido de la adolescencia con discursos más largos que éstos que ahora tenía. Pero era distinto. Completamente distinto. Al fin, antes, se corría, se desordenaban los contornos. Era como una búsqueda... Otra búsqueda. Esto de ahora era otra cosa. Un poco menos; en fin: más despacios.

Más despacio. Acomodándose. Fiel trabajador. No era como en la adolescencia. Más despacio.

Rosita no siguió escribiendo. Tenía que poner en orden sus ideas. Tenía que hablarle a sí misma si es que quería terminar bien. Estaba demasiada estropeada con el murmullo de sus pequeñas acechanzas, con el regodeo de sus delirios. ¿Estaría enamorada?

Roberto curzó la habitación. El pasaba muchas veces, dejaba tras de sí una infinidad de puertas. Ella pensó que entre el avispazo de sus frases podría colárselo algún girón de sus anécdotas. "Todo esto es absurdo, podría entre sus paseos llamarlo. Al principio dolería un poco; pero él también tiene que saber. El tiene que zambullir sus frases en todas las piscinas de su quehacer borroso-escándalo... como yo." "Que boba soy." "¿Qué es lo que pienso? Rosita lo vió alejarse.

Ella a veces odiaba a la oficina por una razón distinta. No era por ningún malestar, por ningún latiguillo de la realidad. Era aquella cola inmensamente inconclusa de sus discontinuidades, de sus rechazos. ¿Por qué sus relatos no saltaban como inmensos cocheros desenfundados a insultarle el rostro a todos los jefes? Ella esperaba ese tropiezo esencial, esa resquebrajadura que lo pondría todo en orden. Que la haría ser ella misma. Que la haría amar a Roberto. Mientras tanto, esperar.

Porque Roberto sufría. Porque ella sufría. Pero no podrían hacer nada. Nada mientras aquel tecleo; nada mientras el avispazo de las manos en sombra. "Por las noches se quitaría esas manos." Pues ella era sencilla, más sencilla que cualquier otra muchacha. ¿Pero entonces, a qué tanta sombra, tanta imposible conseja? ¿Por qué no poder hablarle a Roberto?

Hasta que todo vino a estirarse en aquello. Tenía que ser. Pasaba... lo que siempre pasaba y que aquel día era más grande, más mucca en su agujereo. Algunos ruidos no más, algunos guiños. Rosita había entrado al departamento. Roberto sin mirar. El jefe largo tubo de avispas, manos en sombra. Leía, leía despacio. Comestibles, conservas. El aparato acondicionador, ella se arregló su pelo. Su pelo iba a destrenzarse por todos los rincones, corriendo líquido, vegetal. Su pelo iba a echar raíces por todos los contornos, devoradoramente helado.

El jefe leía. Roberto sin mirar. Rosita no sabía qué hacer. Pensó en su risa. Si hubiera podido reírse habría un pequeño destroz, algo imperceptible. Pero sería tremendo. No convenía reír. Había que continuar como si nada pasara; sí, como estaba: de pie frente a las mesas. Algunas palabras chillaron en sus oídos; se quedarían allí, se colarían por su bolsa. Ella las vería más tarde, cuando fuera en el ómnibus. Sería un tendido espanto de todos sus pensamientos. Sin embargo, había una hora para todos los hombres. Una hora para ella, para Roberto, para el que vendía las banderas en la acera. Una hora igual, pastosa, insegura. Pero el jefe seguía leyendo sus anuncios y eso era lo peligroso. Porque ella iba a comprender...

Dejó las notas sobre la mesa, no la habían visto. Se iba. Tenía que hacer un esfuerzo, un largo despezarse para romper todos los cabos que anudaban sus anécdotas. Le chocaba irse. Pero era mejor. Sí, había comprendido.

Había comprendido. Nada podía ser tamizado por allí. Era una frase demasiado grande. Grande, ella podía ponerse de punta en sus talones; nunca alcanzaría nada. Ni un resuello siquiera.

Camina. Isabel Toledo le hablaba. Vieja gorda, dibujante. Rosita veía sus labios hinchados, espantosos. Lanzaba la fábula de la realidad, de los recados.

—Con el Dr. González. ¿Dr. González? Por favor no cuelgue. Va hablar con usted Isabel.

Rosita no oyó nada. Sólo podía ver sus labios hinchados. Vieja gorda dibujante, ella no comprendía. Pero detrás estaba la voz del jefe, detrás de todo. Había que acostumbrarse. En el tabuco donde estaban sus teléfonos ella tendría que hilar sus anécdotas, recoger descabezados. Ella tendría que renunciar a mucho; aun en su casa, cuando los feriados vecinos se ahogaran entre las sombras del televisor.

Renunciar. Era una bella palabra. Rosita sintió el regodeo de su sabor, el latiguillo tierno de su angustia. Ella arracimaría sus recuerdos, como tufillos, como secretos que se esconden a todas las miradas. Había a veces angustias, enloquecidas rebeldías de sus sucedidos. Algunos capitanes escaparían de las sombras de su televisor, exigiendo su vida, su mismísima vida. Sería el aire de las banderitas de la acera estirándose hasta

no más caer por cualquier cine de barrio. Pero ella sabía, pero ella arrancaría sus recuerdos.

No más se estiró. Todo descabalado. Las frases del jefe seguían, seguirían siempre. Isabel, dibujante, labios hinchados, trepaba ajada espiral por el recoveco de una palabra no comenzada a decir. Rosita también la comprendió, ya antes de ser dicha. Pensó pararse, abandonar su tabuco refrigerado, soplarle al jefe esa palabra que comenzaría, que sería dicha más tarde. Soñadora, hermosa oficinesca Rosita, había comprendido su vigilia. Torturaría sus recuerdos, sádica, dulcemente gozosa. Roberto no sabía nada, al menos por ahora...

Comenzaba por todos los principios. Ahora ya sabía qué hacer. Una umbrosa, acariciadora ausencia la recorrió. Había dicho el secreto, y eso era. Tenía que adormecer sus anhelos, sus anécdotas. Desde ese mismo instante comenzaría su prueba; la leyenda de sus defensas, de sus secretos.

Era diseñar una ausencia para sus sucedidos. Abroquelada en ella rompería todas las discontinuidades. Al fin la ausencia también tiene ojos, manos, qué sabía... Un tendido despezarse que le permitiera recuperar algo de su mundo. Roberto no sabía nada, pero ella lo sorprendería a través de las troneras de su escondrijo, del umbrático intersticio de su desorden. ¿Cómo sería su ausencia? ¿Cómo sería ahora, cuando abandonara la oficina? Veía las imágenes, sus sucedidos, borrosos pelafustanes por no se sabe que arrabal de su alma. Las banderitas serían más pequeñas, traslúcidas en una turbiedad de origen que le restregaría los ojos. Habría imposibles, rotos mensajes por el bailoteo de sus colores; estallarían por cualquier rincón; ella diseñaría geométricas frases, conjurantes, a las sombras amenazantes del cinematógrafo. Un día, quizás, Roberto apareciera de esa espuma, diseñado, vagamente resucitado.

Cundo salió de la oficina las frases del jefe trotaban lentas. La Habana Vieja parecía lavada también en aquella liturgia, pero más lentamente, como si la hubiera olvidado. Rosita caminó hacia la esquina. Las banderitas no estaban.

Algunos empleados rimaban con sus dedos en el mostrador. El tocadiscos escandalizaba una guaracha. Era el bar contiguo a la oficina. Rosita miró. El jefe parecía abrazar a Roberto. Algunas frases parecían venir no se sabe dónde; los empleados reían inmoderadamente pidiendo más cervezas.

Ella se iba con el diseño de sus ausencias, con el secreto sucedido. Roberto podría comprender o no. Todo podría no tener sentido. Algún juego estoico por su alma, no más.

Apresuró el paso, logró alcanzar el ómnibus lleno.

LORENZO GARCÍA VEGA

Canciones de Antes

1

"Y tú, ¿qué has hecho de mi pobre flor?"

MEDROSO y amante grabé el aire, el polvo que oprimía con los pasos del niño, los sitios en que alzaba torres con frecuencia reales, líneas de arista; los rápidos países visitados con un perro que recogía gritos y lágrimas en su temblorosa vida; los juegos bajo la pobre lluvia, entre amigos que el extraño mar depositaría luego en cuartos, bodegas, estancias de locura.

Pero hoy regreso y los diamantinos charcos me vocean un rostro que no puedo entender, otras alegrías que no penetro prodigan a mi lado, emmarañadas redes, palabras de un perdido idioma, otras nubes, otros aires, una lluvia que no cae para mí, para impedirme o entristecerme el breve corazón, y que me empuja fuera, a otro sitio al que sollozando marchó.

2

EL CORDIAL viento que lleva los poemas de las miradas, de las señas, del ay, con los papeles blancos en su pecho como una mancha de dibujados peces, alguna vez, cuando cerrado escarbo, canta devolviendo, tal una joven bestia a orillas de la tarde. Escucho su silbido, oigo mis propias cosas regresar de su vientre, rasgado por un soplo de tiempo, veo la retorcida procesión,

31

[201]

deshilachada ya, pero todavía reconocible
por esta boca, por ese guijarro color del oro
de lo que no quería, por la vacilante
sombra de mis cabellos. Y siento el imperioso
amor de mis despojos, como un beso
que escala por los huesos. Siento
la tristeza de haber permitido el desplome
de ese hostil único sitio mío, de ese sucesivo
dolor desde el que escucho, todavía, el cantar
del aire que en un tiempo fué mi propia,
mi desaparecida canción.

3

*"¿Cómo quieres que una luz
Alumbre dos aposentos?"*

INDIFERENTE, pálido,
abierto por el frecuente corazón,
torre sin rectitud, he andado
como una abeja en la mitad del mundo.
Pues me cobijo a veces en las cordilleras
de cosas justas y letras,
y otras errando
me silban cielos andariegos, vagabundos
de barbas y astrosas telas,
relampagueantes sabios que con platos
metálicos departen, y resuelven
los planos de estío, las aéreas piedras.
Torre sin rectitud, camino
rasgado por la frente, dividido
entre adjetivos y árboles.
Algo siempre canta severo
y algo alardea y desaparece
como un vaso cuando se marcha
brusca, definitivamente.

Sin que la mano manche
se pone sobre papel y madera,
hurga y luego parece que descansa.
Pero no reposa: llora
buscando desacompañada
la justiciera, última compañía
de los dedos, de las almenas,
de los temblorosos dedos.

4

ESTOY solo otra vez en la noche.
Quizás no escucho una voz de antaño
que sujetaba firme mi corazón
y me ahuyentaba el agudo desasosiego
ladrando, dividido, hacia otras caras.
Quizás no puedo despertar en la sola madrugada
y lanzar susurro, mirada o grito,
para sentir el reiterado deshojarse de unos pasos
y una mano en la frente y un tibio caer de telas.
Porque salido de la suave, la acogedora noche,
quise ver las cristalinas espadas del día,
saber del poderoso viento de oro sobre mi frente,
los animales bajo la recta luz, las yerbas exultantes.
Pero cuando el ojo, colmado de la llameante alegría,
quiere entrar en el grave reposo de la casa
hacia cuyos vidrios canta el atardecer,
ve huida su noche, ve escapada su riqueza de sombra,
ve los fuegos caer con risa extraña.

Sé que no escucho ya esa voz, pero el ardido
rostro aguza su combate y, otra vez, clama.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Aguja de Diversos

I

El gato Jámblico, calderoniano, fluidamente
sentencioso, redondea las historias del cortinón.
Suave opulento rompe la unida diversidad
de la luz, arañándola por el asomo
de su rostro entre dos líneas acometidas.
Carnoso disimulado enemigo hunde su pincel
para llevar la luz a su rota descendencia.
Indiferente superficial quiere seguir la luz,
creyendo que su casa tiene las llaves en el brocal.
Enojoso de espaldas cree que la luz no lo descubrirá
ni dejará en su lomo clavado su rebrotante
cosquilleo. Paso profundo de risa se redondea en mancha para borrarse.

II

Si el salmón roza las heladas plumas, las risitas,
—confundidoras de barrios por el truhán de la luna—,
mudan de antifaces y de antilopes, rodando
por las puertas dobladas de los naufragios.
Las comadres y las dinastías que frien ajos,
han olvidado la dirección del marmitón,
cuando lo llevan y los acuestan, fruncen
las sábanas sin su cuerpo y remueven el polvillo.
No ya el buscarlo anula los clavos coloniales,
las banquetas altas con segundos de urracas,
picoteando la ginebra y la mentilla, los maletines
donde los enanos centellean, pues por allí
sólo aparece con su raida trifolia pluvial,
la del día de excepción que no da recuerdo ni posada.
A las seis pasó por el silbido del tren parado.
En la escogida se le borró perrera andante
y hacía mandato lo que olvidaba: a la casilla de saltimbanquis y flautistas

III

Sobre la mesa la lista de los proscriptos,
trepaba su escultura con la sangre falsa del tintero.
Todos los nombres parecen que allí rubrican
y se deshacen inocentes en un abismo de hielo.
La conspiración se cerró en lista y vuela
siempre hasta el toscos borde del nogal.
Ha sido leída silenciosamente en el redondel público
y nadie ha oído las sílabas que le conciernen.
Pasa su nombre por las ventanas dobles
de cada cámara inaudible y se rompen las iniciales
de las gorras. Gordos comentarios rodean
la tablonada casa de los conspiradores.
La lista de los proscriptos estaba sobre el nogal
y ningún conspirador prestaba su juramento.
La exquisita broma del plenilunio
rompía la lista, pero el pregonero
sin leer la partitura ahondaba las gotas de plomo.

IV

El diseño de los búfalos chinos cubría las aspas
de una pared; los colores del devenir marino por el este;
de la cintura hasta la tierra llenará un confín,
las grietas de la humedad y el engendro;
la suerte de los rostros en la cuarta pared,
mordiéndose su ira particular el metal sin diferencias.
La decoración tiene que ser hecha en una noche.
Por la mañana alguien asomará la desnarigada cabeza
y comenzará el castigo o la pintada carne de alabanza.
Se pinta a oscuras y el nacer de los colores
hace la luz, cada color apoya el golpe mate
de su compañía y después nacerá otro color
en cuyo rostro se desperzeja la danzante.
Saliendo de las manos, después de recorrer las siete sierras,
las figuras se incrustan en la pared de su destino.

Inmóviles pregonan su cornetín de amanecer,
la llegada del nuevo extranjero en el fiesteo.
Cuando se asoma el veneciano inquisidor,
la camerata reventea de inmóviles visitas
que rehusan las pruebas de la danza, el vino o los paseos.

V

El cuerpo y el cuello de la jarra obligaban a la mano
a permanecer ciega, la inocencia del caricotado marmolero
en su alegría haciendo coros en torno al dórico
sostén. La embriaguez de la marcha se lanzaba
por los oscuros musiquillos donde la voz no iba más allá de las columnas,
y la mano rendía la adquirida calidad de su lenguaje.
Enterizos demiurgos galopaban sobre la jarra, entrecruzándose
entre la anilla y los murmullos, la inaplazable sucesión
de sus anillos intercalaba la piedra enemistada
con las aguas que la ablandan y le cierran el suspiro.
Los pasos marcando el reojo al romper el cerco
de las columnas, saliéndose del caído cuerpo
y breve cuello, rompían el acabado de la jarra.
El acabado musicalizaba el ingenioso escondite
de los dedos y la regencia del pulso mantenedor.
Los dedos sorprendiéndose al entrar en el barro,
reclamaban la cuña de madera artizada por el pulso.
La aventura de los dedos decide terminar con las grietas
del pulso, pues el desafuero
de las clavijas es un aviso al que penetra.
Acostumbrado el barro a las caricias se entreabre,
el cuerpo de la jarra se contrae para crecer,
y el deleznable cuello semejante a la boca de la tambocha,
reclama una esbelta longura para oír las brisas superiores.
Es la materia la que reclama su excepción
si el contrapunto de los dedos está quieto en su humildad.
Si la ruptura comienza por prescindir de la materia,
el capricho se hace sucesivo y se regala en la proliferación.

La resistencia de la materia tiene que ser desconocida
y la potencia cognocente se vuelve misteriosa como la materia
en su humildad. Deseosa comprobación del tacto artesano
que actúa rigiendo y mantiene su propiedad misteriosa.
La aparición del *elyro litres* tiene más carnal aprovechable
que los años en que Picasso comenzó sus platos.

VI

“Cuando el tercero, de rencorete, cada seis meses papirotea,
las paginitas de sumalele inflando ombbligo de chilindrón,
y linfa cipriota de agua de balde cose que cose el pescozón,
que da un verso, infarto de otro y los sumandos de Jean Cochín
le dan cabida al inspirado de ojos papuá, ya convencido que cada libro
le lleva su baratura al anterior, en caldo y hueso, en sangre y señas.
Cada tres días cruza una raya de diagonal, el poemante del envidioma,
como en bahía cada tres días apean sacos de seconal
y el fumadero cubre de cal pared de dragonteada.
Oficinista del poetocentro bala la baba del signo de Aries.
Buen asistente de la lechera, dormido al teto,
pelea a la lanza con el ternero, jarrita en mano.
Tira que tira en el banquito, la rauda tinta, el tinterillo
y el abultajo le van trayendo cada seis meses
el fotocillo de escayolada con la pelambre ya sin fibrina.
Da vuelta al saco de campanadas,
lo que antes chillaba, ahora susurra las nutriciones de Fragonard;
lo que antes se tamizaba por la enramada, buen apetito pasivisión,
mece la rama un actor viejo de buey traidor,
quedado haciendo purgas con el cuaderno del sonetero capín capó.
Jorobadito, verde palucho, de rencorete, el viruelero,
tira la jaba al mismo sitio que otro llenó de peces de la estación.
Va con la jaba, tapado el vientre de frotaduras para alumbrar,
soñando en plata doble ración,
él escupía la jaba buena que Dios soltó
en los rincones de promisión.”
Esta proclama se dió en Viñales, cuando la visión se alzó sin la mirada
y el invisible adquiere forma sin pudrear en muy visible.

VII

En el portal de la variada casa de la playa, en la languidez del refrigerio verde transparente, o en la primera noche cuando los tironeados muebles sueñan sus gambas, alejados del afanoso deseo de las comprobaciones lunares, sorprendemos, lo que no sucede cuando paseamos la varilla de nuestros tobillos por el níquel frío de los muebles de la tropezada oficina, la precisión de los animalejos, —como si lo que alejamos en la ciudad retornara con una carta de piel fruncida como la ciruela—, que se dirigen a nosotros, desenvueltos y conversadores. Descubrimos: que la araña no es un animal de Lautréamont, sino del Espíritu Santo; que tiene apetito de hablar con el hombre; que tiene el convencimiento de que la amistad del hombre con el perro y el caballo ha sido inútil y holandesamente contratada. Si se le dejara subir por las piernas, no en los bordes de la pesadilla sino en el ancla matinal, llegaría a los labios, comenzando su lenta habladería secular. El ámbito de la araña es más profundo que el del hombre, pues su espacio es un nacimiento derivado, pues hacer del ámbito una criatura transparente lo inorgánico. Simbólicamente la araña es el portero, domina el preludio de los trasposos, las transmigraciones y la primer metamorfosis, pues nada más posee un sumergimiento visible y redondeado. El cangrejo llega hasta el hombre, tiene la plausible asimilación de las cortinas, la cama salpicada y el paredón. Llega a la cama y se detiene, saborea la medianoche, permanece inmóvil mientras el hombre ocupa su segundo espacio. Posee el cangrejo el segundo sumergimiento, ha penetrado más en la hostilidad, en la ruptura del reverso. Cuando abandonamos nuestro caparazón playero, finalizando las vulgares y danzadas estaciones, se encuentra también al cangrejo retirándose por las artes que prefieren el bullicio al oleaje, las móviles conversaciones y la inmóvil sucesión de las aguas, sustituyéndose.

Si nos encontramos con el cangrejo en un cuadrado de arena y el cangrejo nos presiona con su tenaza de huesos, una energía se recorre por los círculos del hombre y aumenta su tonalidad comunicante, sus hilillos de radiaciones por el diafragma y el centro genito caudal. Cuando el hombre ha soportado que es más profundo el ámbito de la araña, tiene que recibir la otra injuria: la rana respira mejor que él, pues el aire le penetra hasta el temblor de las patas; su cuerpo recibe con más delicadeza la caja de aire, y transporta con más distinción de naturaleza cantidades de espacio. Por eso la rana tiene la boca de la salida, parece que alguien fuera a saltar de la boca de la rana. La flexibilidad para el parimiento, por la cantidad de aire que invade su cuerpo, le permite devolver al escondido. La piel de la rana es para el escondite secular, pues cuando le sale el cuerpo que le ocupa, su piel de hoja marina devuelve los secretos de las invasiones que había soportado, pues el cuerpo que adelanta su boca demuestra que el sueño no ha destruido el recuerdo de sus otros nacimientos y la espada jurada.

¿Ustedes saben quienes han pasado por ahí?
Los dos enanos.

VIII

Después que la voz lo enderezó dentro de su plomada de nueva vida y alejaba la posibilidad del polvo, que comenzaba a rodar por la canal de sus piernas. La voz había entrado como nube por la boca y ordenado movimiento al nuevo adquirido yeso del cuerpo. Se sacudió, resquebrajándolos, los bloques conque la noche se adhería, apretura para apuntalar los puntos de su recorrido, reconocimiento que se hace porque el corcel se inmoviliza.

¿Cómo esperarán la segunda muerte? La de morir su otra muerte, ya situado entre la muerte y la otra muerte después del valle de esplendor? ¿Aquella resurrección entrañaba ver de nuevo aquellas apreturas y el detenimiento congelado del cárcel? ¿O penetrar en las esencias que habían hecho signos en sus párpados? Siempre aquella indefensión y el temblor al escribir la historia del resurrecto.

En ese desconocimiento de lo situado entre las dos muertes, prefiere situarse antes de la resurrección.

¿El resurrecto se dispone a su otra muerte?

El corcel sobre su detenimiento y el cordel tascado, no penetra en aquel reino donde transmite la voz con la llave del mercado.

El resurrecto, situado ya entre la muerte y la muerte en el valle de la piedra irradiante, avispero de centrales metales, pues el germen no puede reabsorberse en la flor de otro germen, sino por el ensanchamiento de su vientre de enigmáticas refracciones pisciformes, que llega a laminarse como la piel que recubre los granos odoríferos, las monedas de los muertos, los arcos asirios, conmemorativos del arco del antilope.

El perro se pierde en la bruma de sus noticias, pues el resurrecto no puede penetrar de nuevo en el bosque y el que transcurre deja caer en su plato lo que suena sin ser reconocido.

Al ir penetrando en la capucha tirada del caballo, el fragmento con sus escalas y triángulos para la luz, recibe la transparencia, el visible antes de perderse en la suspensión, gimnasta que sólo tiene el sentido de una orilla, hasta ser guardado como un pececillo en la esfera del niño, sin contemplar la otra figura que une el espíritu con el germen. Nos regala el sentido la otra figura, mientras nosotros nos perdemos en aquel bosque donde el caballo detenido fraguó la pérdida del reino y las brumas del perro aventaron sus noticias. El perro perdido en las abejas de su halo,

espera saboreando la carne de la harina con miel, inmovilizando el rabo, ladrándole a las grabaciones en la puerta, cuando el cuchillo y las uñas hablan a la puerta en reverso ante la voz y el murmullo. Pues si nacer al otro nacimiento es el apetito, voracidad de transparencia ganada después de aquella suspensión, y en que el apetito se hace con nosotros como la segunda naturaleza de la gracia, ya que el cuerpo dañado es la no transparencia y la hibridez de la voracidad; morir la segunda muerte, la muerte del resurrecto, tiene que estar dentro de la repugnancia, pues el hombre no se inmoviliza como el corcel, sino puede tocar dañado y continuar humedeciendo su repugnancia. La repugnancia del resurrecto no tiene tumultuosa retrospección. la hoja en la urna sin lo oscuro que mantenían su levedad viajera y manumiso sin respirar. El sentido es el fruncimiento de la impulsión y en esa caería gravita el relieve en los extendidos brazos de la visión, su lejos es el tamaño de su penetrar, y en la erótica final tan voraz como el germen de consumación, se tiende el alimento para el caballo que se inmoviliza y los dedos dañados del resurrecto. Después de la suspensión del interpuesto bosque, el mismo perplejo de la raíz de aquella fuga, hace que el caballo, la capucha tirada era una piel de rana, pueda cantar sin la harina del payaso. El apetito se acerca a los hoyuelos surcados por el líquido que recrea la lombriz del relámpago. Dentro de esos hoyuelos una luz que une techo con techo, ciegas puntadas de extinción, mantiene el murmullo agolpado bajo tierra. La repugnancia tropieza con que las hojas unidas a la suerte de la arena agravada por el agua muerta, forman el tabique que se detuvo cuando la suspensión soltó su corriente sobre el espejo. La repugnancia del resurrecto, el paréntesis entre dos muertes, el puente de hojas para las hormigas

albinas, que ya no podrán cubrirse con la capucha tirada por aquél que cubre el árbol sin acercársele. Los sumandos del resurrecto tocan la transmutación formal, sucesivas hojas en las frondas sucesivas del ladeado espejo, pero ya en ese menguante las hojas fijaron un rostro y las frondas se cubrieron con las canosas tablas consejeras. En ese operante ya no crepita el apetito las puntas del pan, sino el resguardo de la harina húmeda y los cuernos de oro del múrice retocado, inician su opereta entre dos farolas de entrada. El apetito tiene que luchar con el jabali; el frío de los metales se instala en sus mezclas resurrectas, el imán de los hoyuelos vacíos descaece. Longinos o el jabali cierran la puerta del apetito y el alcanceado se embota en la carne del resurrecto.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Cuatro a la Mesa

I

—¿Es de manzanas, Alfredo?

—No señorito: es de almendras.

En la bandeja de plata peruana, el pastel se me antojaba mal puesto. Prefería verlo en la dulcera. En la bandeja no doraba sus bordes con el reflejo de la luz de la lámpara, que con gracia de gnomo se filtraba por el cristal de la dulcera. Me encantaba saborear aquella zona luminosa, plena de hilos amarillos y radiantes que por un efecto visual me parecía que emergían de las entrañas del postre casero. La carne del pastel, sus zanjás diminutas, su abultarse de pronto en una de las curvas de su circunferencia, sus capas como estratos de un edificio adusto y chato, me fascinaban de tal manera, que permanecía con los ojos fijos en él durante un momento. Pero esta vez Alfredo había traído el pastel en la bandeja, y la zona luminosa, desaparecida, me traía un melancólico recuerdo.

"Este niño come con los ojos", decía mi abuelo observándome en éxtasis. Y yo interrumpía el ritmo de la cena—le añadía cierta pompa litúrgica—deteniéndome a imaginar que cualquier redondez, la del pastel, la de mi esfera de juguete, era la redondez de un universo. Mirándolo con fijeza, le adivinaba celdillas, aposentos al pastel, encuentros de duendes y hadas en sus avenidas de almendras.

—¿Por qué no te sirves, hijo? Esperamos por ti. Mi abuelo, frente a mí, me indicaba la bandeja. Alfredo no se había movido: era el criado perfecto. El tono de mi abuelo era grave y tierno. El perfil de Alfredo era fino. Mi abuelo tenía el tenedor entre los dedos. Por un segundo, Alfredo y mi abuelo se me confundieron: creí verlos juntos, reunidos en una sola persona, integrando un tercer cuerpo sobrenatural aunque verdadero. El tono del uno, la rigidez del otro, los dedos de mi abuelo, el perfil de Alfredo, se me habían unido de pronto y yo me maravillaba de que estuvieran dispersos.

Me serví. Alfredo se fué con la bandeja de plata y yo me quedé contemplando el aro de mi servilleta: era rojo. Yo jugaba con él los domingos, cuando venían las tías y la conversación se prolongaba de sobremesa. Pero aquel día no estaba mi ánimo favorable al juego. Mi madre y mi abuelo se miraban muy serios y yo había notado que mamá, al cortar el pollo, lo había hecho con cierto nerviosismo, con cierta torpeza que no era frecuente en ella.

No sabía lo que pasaba. La comida se había deslizado muy lenta, muy triste, con esa melancolía densa que no se expresa en las palabras o en los gestos, pero que enraece

sutilmente el ambiente. A veces el tiempo se niega a correr sin detenerse: es como si le hubieran puesto piedras en el camino, como si el aire se envenenara a sí mismo, como si hubiera que vencer una resistencia desconocida, grávida y ausente. Eso era lo que sentía: que algo grave, inerte, pesaba esa noche sobre nuestras cabezas.

Vivíamos en el malecón, en una casa oscura, grande, de fachada hermosa y señorial, con balcones redondos, columnas altas y un mayordomo a la puerta cuya librea almidonada yo envidiaba con pasión muy intensa. De vez en cuando entraba por las persianas el olor del mar o se dejaba escuchar el ruido de las olas. Pero durante aquella comida tuve la sensación de que sus ondas se marchaban de allí para estacionarse muy lejos.

Los ojos de mi madre estaban fijos en la puerta por donde iba a aparecer Alfredo con el servicio de café; los ojos de mi abuelo navegaban por la habitación, se detenían en las butacas negras que formaban fila espaciada a lo largo de las paredes; luego ascendían hasta la lámpara, aquella lámpara que no se limpiaba más que dos veces al año y que yo miraba con fervor como si fuera una colmena de luciérnagas. Yo no sé dónde tenía los ojos en aquel instante de suave desvarío: creo que en los bordes pintados del plato, o en aquel cuadro que le regaló a mi abuelo su amigo, el artista Jaime Magdaleno. Representaba una dama trigueña, hermosísima: el cabello suelto, la mirada fiera, el busto pronunciado, los labios incandescentes.

Empecé a moverme en el asiento. Una inquietud vaga, extraña, me invadía con misteriosa fuerza. Es algo que he sentido mucho después: una tortura inmotivada que me acomete por sorpresa. Como si me llamaran de alguna parte; como si fuera ese un llamado tan violento que provocara una ruptura dentro de mí; como si todos los límites se convirtieran en encierros.

Los ojos de mi abuelo se habían vuelto hacia los de mi madre. Los ojos de mi madre seguían fijos en la puerta por donde iba a entrar Alfredo. Los ojos de mi abuelo recurvaron hacia sus manos, los ojos de mi madre no se movieron. La angustia que yo sentía se hizo más intensa. Mi madre no decía nada. Mi abuelo tampoco. Ella estaba pálida, desencajada, y en sus ojos azules brillaba la desesperación incinerándose en sus cuencas. ¿Qué pasaba? ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué no aparecía en las mejillas de mi abuelo aquel punto de voluptuosidad recatada que siempre le asomaba por el rostro después de la cena?

Entró Alfredo con el servicio de café. Mi abuelo dijo: "al buen café se le conoce por el aroma". Mi madre replicó: "éste no es malo", a lo cual añadió mi abuelo: "acuérdate: tres cucharadas de azúcar". Hubo otras palabras detrás de éstas que pronunció mi abuelo. Adiviné que había un entendimiento entre ellos, que se hablaba durante aquellas pausas, que habían sostenido un diálogo frente a mí sin que yo nada supiera.

¿Qué ocurría? ¿Por qué mi madre estaba pálida? ¿Por qué el silencio se hacía tan

hondo, tan entrañable, tan dramático? Ya no podía más. Era mucha la tensión que sufrían mis nervios, mucho el calor, mucha la tristeza que sufrí por dentro. Alfredo se marchó en aquel momento.

—¿Tienes que hacer alguna tarea? (había un gran cansancio en esta pregunta de mi madre).

—No: ya hice mis operaciones del tanto por ciento, (le respondí como justificándome, como pidiéndole perdón por aquello).

—Entonces te puedes ir a la cama.

Me levanté de un salto, me hubiera levantado de todas maneras. Cuando fui a besarla, mi madre me retuvo en sus brazos. No me apretó, pero yo sentí que quería hacerlo. Sus labios estaban secos y se movían con movimiento trémulo.

Y cuando me alejaba con la cabeza un poco gacha, le oí una frase dirigida a mi abuelo cuyo sentido no alcancé "Mejor nos levantamos, ¿no te parece? Si fuéramos cuatro... pero no somos más que tres a la mesa.

II

Contiguo a mi cuarto, un saloncito tapizado en verde servía para menesteres muy caseros. Allí cosía mi madre por las tardes, allí mi abuelo se arrellanaba en una butaca roja y allí jugaba yo algunas tardes en que la lluvia me impedía hacerlo en el parque. Las visitas nunca tenían acceso al salón. Cuando mi prima Nancy nos iba a visitar, ya sabía yo donde encontrar a mi abuelo. "Estoy aquí por no tener que hablar con ella, me decía, y no es que sea mala: es que me mareo con su charla."

Sentí los pasos de mi madre despertando las nubes de polvo de la alfombra del saloncito. No pude resistir al deseo: tenía puesto el pantalón del pijama, y, desnudo de la cintura para arriba, me olvidé del saco para mirar por el hueco de la cerradura. Estaba seguro de que algo ocurría y el no saberlo concretamente me traía inquieto y preocupado.

La vi caminar de un lado para otro con paso no muy rápido, pero con más prisa de la que ella acostumbraba a andar. Era mi madre muy majestuosa en sus movimientos y muy contenida en sus experiencias. Tenía los ojos negros, grandes y un tanto adormilados. Era alta, de talle muy reducido y sonrisa tierna. Cada vez que me hallaba lejos de ella, la imaginaba sonriendo. Se le abrían las comisuras de los labios, se le iluminaban los ojos y una mezcla de ingenuidad y de alegría infantil le bailaba en ese instante por la mirada. Siempre que la recuerdo lo hago así, dibujándola dentro de mí como una criolla de rasgos muy antiguos, dispuesta graciosamente a irle al encuentro a los demás, cariñosa con la familia y los amigos, pronta a entregarse al egoísmo ajeno sin

considerar siquiera el sacrificio propio; tan dulce, tan suave y tan hermosa que aún hoy me gustaría pasarme las horas mirándola.

Nunca me pareció tan bella como aquella noche. El dolor la dignificaba, una sombra de extraordinaria belleza que se le copiaba en la piel, en las ojeras negras y en la frente. Apretaba una camisa de mi padre contra su pecho. ¡Mi padre! ¿Sería mi padre el objeto del problema?

Se detuvo. Después se apretó las sienes con la mano derecha, sosteniendo la camisa con la izquierda. Era como si tuviera una horrible jaqueca de la que sólo se aliviara frotándose las manos con los dedos. Luego hizo un gesto como queriendo apartar de sí una honda preocupación y lanzó un suspiro al caer sentada en la butaca de mi abuelo.

Durante unos segundos no se movió. Permanecía quieta con las manos apoyadas en los brazos de la butaca, los párpados cerrados, la respiración ansiosa. Levantó la pierna derecha para apoyarla en el escalón. Luego abrió los ojos. Una lágrima, una sola, le empezó a correr por la mejilla. Echó entonces la cabeza hacia atrás, repitiendo el gesto de ahuyentar de sí aquello que la torturaba, y tomó la aguja y el hilo que tenía en la cesta de coser. Comprendí que iba a pegar un botón a la camisa de mi padre.

Era tan firme, tan serena, que no tembló al enhebrar la aguja. Lo hizo tranquilamente, deteniéndose un segundo, supongo que para calmarse antes de empezar su operación. Observé que se entregaba a su tarea muy afanosa de concentrarse en ella. Había metido la mano izquierda por dentro de la camisa y de pronto noté que una especie de bienestar la iba invadiendo.

Desarrugó el ceño dejando escapar un suspiro de alivio. Vi como sus dedos acariciaban la camisa, vi cómo dejaba la aguja introducida en uno de los huecos del botón, para acercar la prenda de vestir a su pecho. ¿Por qué mi madre acariciaba la camisa de mi padre? ¿Por qué se ruborizaba como si estuviera recordando algo a medias vergonzoso y a medias encantador?

No lo entendía. Pero lo cierto era que ella, en un segundo, había cambiado de actitud. Ahora levantaba los ojos hacia el techo, se le dibujaba una sonrisa muy tenue en los labios, el busto se le erguía otra vez y respiraba con calma nuevamente. Ya no apretaba la camisa. La había puesto en su regazo para mirarla con ternura, con verdadero amor, mientras repasaba con sus manos el cuello, las mangas y el resto de la tela.

Inclinó la cabeza y yo no pude ver lo que hacía, pero creí que la besaba con unción, como si fuera una imagen sagrada. Después volvió a levantarla conteniendo un poco la respiración, como si se hubiera impregnado del olor de la camisa y estuviera sorbiéndolo lentamente.

Súbitamente, empezó a llorar. No puedo precisar cómo ocurrió aquella transición. En vez de acariciar la camisa, la estrujaba, como preguntándose por qué no había

nadie dentro. No sé expresarlo con palabras, pero tuve la sensación de que sólo entonces mi madre había dado cuenta de que la camisa estaba vacía, de que mi padre no la estaba usando, de que la prenda de vestir era una huella del ausente y no su viva presencia.

Llorando desesperada la encontré mi abuelo. Mi abuelo ignoraba el arte de consolar. Se ponía tan conrito con las desgracias de los que amaba, que las compartía por entero. Estuvo a punto de imitarla y de echarse a llorar con ella, pero se repuso reaccionando con valor.

No le dije nada. No le pudo decir nada. Se acercó muy sigiloso, como si las lágrimas de su hija fueran sagradas, como si se diera cuenta de que a ella no le agradaría que la sorprendieran llorando, y le puso la mano en la cabeza. Le acarició el cabello con cierta timidez, como lo haría un padre en la cuna de su niña dormida.

No tenía reloj en mi cuarto. Pero calculo que se pasarían así—ella llorando y él acariciándole la cabeza—más de diez minutos, quizás veinte. Jamás olvidaré esa estampa dolorosa: mi madre, mi madre tan segura como una columna, tan valiente, tan dispuesta siempre a infundirme valor, convertida en una chiquilla indefensa, en una pobre criatura que solloza sin consuelo mientras su padre trata de acariciarla.

Por entre sus lágrimas asomó una sonrisa. Una sonrisa que no le había visto nunca y que no le volví a ver jamás: una sonrisa de leve sarcasmo. Y miró a mi abuelo con una mezcla de dulzura y tristeza mientras le iba diciendo:

—¿Qué te parece? ¡Cómo cambian los tiempos eh!

Entonces él se atrevió a hablar. Pero tampoco lo hizo en su tono acostumbrado. Sin entereza, sin gravedad, tratando de convencerse a sí mismo más que de convencerla a ella, le replicó inseguro:

—No te preocupes, hija mía, todo se arreglará. La vida es así: algo complicada. Y te juro que lo voy a convencer. ¡No, no te alarmes, a la fuerza nunca! Pero yo también tengo mis ideas. Ya verás, todo lo que tienes que hacer es tranquilizarte. Tu hijo se va a dar cuenta... Hoy en la mesa había una atmósfera... No me gusto eso. A los hijos hay que darles a entender que la familia siempre es feliz, que marcha muy bien... Vamos, vete a descansar. Te lo prometo: mañana seremos cuatro a la mesa...

III

Tardé mucho en dormirme. Mi angustia había alcanzado el punto máximo de su intensidad. Daba vueltas en la cama, trataba de acomodar los brazos debajo de la almohada y las piernas debajo de la sábana, pero no podía. Sentí un vago malestar

en el hombro derecho seguido de una picazón fuerte en la espalda. Apagué y encendí la luz varias veces, tratando de entretenerme un poco para que se me pasara mi estado de ánimo febril, pero todo fué en vano. Mientras más trataba de distraerme, más me acordaba del silencio de la comida, del llanto de mi madre, de la extraña escena que había presenciado con la camisa de mi padre, de la entrada silenciosa de mi abuelo y de aquellas lágrimas incontinentes que ella había vertido después.

¡Dios mío! Algo horrible estaba sucediendo. Muchos años más tarde, he comprobado que las peores ocurrencias son las que transcurren así, en el silencio hondo de una atmósfera irrespirable. Intenté cerrar los ojos miles de veces. Pero ellos volvían a abrirse sin hacer caso de mi voluntad. ¡Dios mío! Acababan de dar las dos de la mañana en el reloj del salón. ¡Las dos! Nunca me había dormido tan tarde. En aquella época, las horas de la madrugada eran para mí horas que no existían, horas que estaban más allá del tiempo y que yo conocía sólo teóricamente, porque las había oído nombrar, pero que jamás me encontraban despierto. El hecho de "sentirme" a las dos de la mañana, de saberme en ese momento, me produjo una sensación muy singular. Es raro que en los niños las impresiones se produzcan muchas veces de esta manera: no tiene nada de extraño que alguien esté despierto a las dos de la mañana. Para mí, la vivencia de esa hora fué espantosa.

Comprendí que era el instante de los desesperados, de los solitarios, de los que se quedan a la zaga del sueño de los demás con el fardo insoportable de su angustia. Comprendí que hay un segundo, uno sólo, en que no existe más que el hombre confundido con su propio llanto, mezclado a él como si las lágrimas fueran un muro intraspasable que le impide el sosiego, la calma, la dicha de vivir.

Lúcido y a la vez confuso, mi insomnio me sumía en una especie de agitado sopor. No podía dormirme, pero tampoco estaba completamente despierto. La imagen de mi madre se me confundía con la de mi prima Nancy; la imagen de mi prima Nancy se me confundía con la de mi abuelo; la imagen de mi abuelo se me confundía con la de Alfredo, la de Alfredo con la de mi padre, y veía, en rápida y espantosa sucesión, desfilar por mi mente los cubiertos de plata, el mantel, los pasteles, los libros que llevaba al colegio, el rostro de un profesor, la sangre que me había manado del dedo índice la mañana en que me herí en el patio de la casa de mi tío Raúl, el andar cimbreado e incitante de la muchachita que trabajaba como criada de manos en casa de los Armas, que vivían enfrente.

Recuerdo que me llevaba las manos a la cabeza mesándome los cabellos, que tan pronto me ponía boca abajo como boca arriba, que me mordía las uñas y apretaba los puños como si alguien desconocido me estuviera infligiendo una tortura insoportable. La luz que entraba por las ventanas se me hacía multicolor. El zumbido de un

mosquito que volaba por la habitación llegó a desesperarme de tal manera, que no paré hasta matarlo. El cosquilleo que sentía por todo el cuerpo me recorría incesantemente las piernas y los muslos, llegando a concentrarse en mis pies. Fué entonces cuando me levanté, decidido a dar vueltas por el cuarto como un loco, para ver si mi rendía el cansancio.

Fué buena la fórmula. Caí nuevamente en el lecho casi desplomándome, como un cuerpo muerto al que la fuerza de la gravedad postró, en quietud. Creo que mi primer sueño fué pesado, pues de él no recuerdo nada. Pero después tuve la sensación de ir emergiendo, como si me hallara en lo profundo de un pozo y tuviera que salir de él. La ascensión se verificaba lentamente. Una nube de aire concentrado me elevaba poco a poco y cierto bienestar me invadía al regresar de una región de la cual ni memoria conservaba.

Ya en esta fase de mi sueño, se me presentó una aparición. De pronto me vi en la ladera de una colina sentado en una roca. Lo que recuerdo del paisaje es que era uniforme. No veía más que una llanura inmensa, de un color muy parecido al de la tierra seca, que no es el rojo ni tampoco el amarillo, pero que más semeja el segundo que el primero.

La aparición se encontraba al lado mío. No sé cómo llegó. Nunca supe en la forma en que se marchó. Lo más interesante que tiene un sueño es que sólo recordamos un fragmento de él: es probable que la totalidad del sueño sea un secreto maravilloso, una incógnita que al despejarse nos brinda un bálsamo definitivo. Lo misterioso del sueño es que sólo nos ofrece un momento de él, momento sin antecedente ni consecuente, aunque muchas veces estructurado y lógico en sí mismo.

Era un hombre el que estaba al lado mío. Un hombre viejo, de luenga barba blanca, cuyo semblante me pareció conocido. Aquel llevaba un cofre en la mano. Sin mover los músculos de la cara, sin dar un solo paso, sin hacer un gesto ni un movimiento, me dijo, envuelto como estaba en una capa azul que despedía una luz extraña:

—Dime lo que quieres. De cualquier manera serás complacido. Se complace siempre al testigo, al testigo doloroso. Eso es lo que hace falta en el mundo: abundancia de testigos dolorosos. Los testigos ya no sufren: vigilan friamente, atentos al ritmo del drama, no penetrados de su tragedia.

No entendí el sentido de sus palabras. Pero parecía un hombre poderoso y me había dicho que le pidiera algo.

—Quiero que mañana seamos cuatro en la mesa.

—Serás complacido.

Y se esfumó. En ese momento, me desperté.

No me extrañó nada ver a mi padre al día siguiente, un poco desmejorado, inclinarse para besarme cuando llegué al comedor. Mi madre sonreía radiante. Mi abuelo se mostraba complacido. La comida discurrió tranquilamente, y advertí en el ánimo de los tres que intentaban suprimirle su carácter extraordinario para que yo no me percatara de la crisis que había atravesado la familia.

Al final, a la hora del postre, entró Alfredo con el pastel, otra vez servido en la bandeja. Volví a contemplarlo pasmado, volvió mi abuelo a reprenderme y al mirar a mi abuelo y a Alfredo, estuve a punto de desmayarme. La figura del hombre que había visto en la aparición era la figura de mi abuelo superpuesta a la de Alfredo. Procuré contenerme, y alcé los ojos interrogando al criado:

—¿Es de manzanas, Alfredo?

—No señorito, es de almendras.

MARIO PARAJÓN

La Mancha

Abandona el reposo.
La encendida viola,
zurce la melodía frágil
que vá de los cristales
a las tintas espesas del muro.

Comienza a deshilvanarse
el movimiento, la danza
por los perdidos labios
y las perdidas manos
es tenue reverencia de aire.
De azares indefensos,
de ondulante oro de humo denso
que avanza en la bruma.
Racimos de mariposas secas
reducen sus orillas.
Y el delgado fluir lejano
de abandonado cuño,
oscurece la luz de la
flor breve.
Porque vuelve el apagado
ruido sobre los huesos de Eliseo:
pero los huesos conservan
su resplandor, sus alas,
bajo la mágica urna del sueño.
Después, se abren los jardines del dolor,
se festina el umbral insoportable.
Y las lacerantes llagas
llenan de resplandor de sangre
los pabellones y las avenidas.
El soplo blanco de sus llamas
rico en soledad, pobre en medida
calcina las paredes de su música.

Pero crece la danza, y crece la miseria.
La luz es tan remota, como las pérgolas y los jardines.
El mar rompe contra los muros
y florecen sus delicias paradisíacas.
De vez en cuando entra al desorden de Dios
y luce ajeno a su presencia,
cuando limpia y engasta sus coronas,
y sus fugaces pájaros sobre las sienas.
La música hila su trama levemente,
y sus heladas flores
llenas de triunfos apagados,
se alzan alargadas y finas
como cristales quebradizos
o junquillos fugaces.
Las mariposas saltan de ese estiércol
y el encantador de serpientes
hace subir con la miseria de su flauta,
las codornices y los árboles.

CLEVA SOLÍS

P o e m a s

Mi casa está llena de sombras,
de cuerpos y rondas
cuando vuelvo en las noches.
Mi casa está fría de terror y espanto,
huele y rezuma cual la amargura
de la mágica tarde agreste
de un olvidado día de septiembre.
¿Quién habita mi casa en tinieblas?
¿Quién ha hollado la blanca pureza,
la tibia suavidad, del pálido lecho?
¿Qué ternura ha faltado en mi alcoba
cuando me recibe callada y en sombras?
Mi casa está llena de sombras,
mi casa está fría de terror y espanto,
mi casa está llena de cuerpos, de rondas
y de acerbos cantos.

LOS AIRES DESNUDOS

Vuelas los aires desnudos,
etéreos perfumes brillan
en sus espadas asirias.
Vuelcan los aires desnudos
canción de melancolía
en vendavales de hastío.
Ríen los aires desnudos,
frotan sus ágiles alas
crótalos, cítaras, címbalos.
Corren los aires desnudos,
cual luciérnagas y estrellas
con ráfagas de suicidio.

Raudos,
con ananké de martirio,
penetra aires desnudos
por las entrañas de seda
de los campos y los ríos.

—Profundizan mis cabellos
y me desgarran el alma
aires desnudos.

ALVAR GONZÁLEZ PALACIOS

“ Bu en o ”

Muy de mañana me levanto, oigo al momento la voz del encargado. ¿Encargado?, perdonen, debí decir que vivo en un solar. Cuando la toalla se doble sobre mi espalda y la navajita entre los dedos quiere ser un dado, ni las imágenes me resultan.

Voy a afeitarme. La voz del encargado sigue investigando el grosor de mis cabellos igual que el lamentable canario de la lamentable vecina de al lado. El canario de la mujer que se acuesta con el vecino de al lado, dice la gente, pues son casados. Se empina y se asoma para lanzar gorgoritos por la boca.

Antes de llegar a la ducha (que sirve para todos), no para bañarme sino para seguir de largo en busca de jabón para afeitarme, hay su fila en su puerta. Aquí la gente apesta, si no se baña. Pasando yo entra un individuo en el cuartico de la ducha.

La vida se anima. Recuerdo mis buenos tiempos y no lamento su fin, y no lamento su desaparición. Mi reloj, ya no es de oro ni tampoco es de plata. Es el sol que como dice el poeta entra por mi ventana para levantarme golpeándome entre las pestañas de los dos ojos... o el vecino complaciente que me dice, "sí, ya son las ocho".

Las mujeres que conozco ya no usan boquillas, pero tienen olor a cebollas. Lo paso mejor, por lo menos trato. Cada día lo paso un poco mejor.

Tengo mis diez dedos mirándome desde la silla que sostiene a mis pies. Uno está, el pobre, en un estado pavoroso, tiene una preminencia esponjosa que le devora su uña. Con el tiempo se la destruirá, si no voy al quiropedista y me extraigo el callo.

Son muchas cosas. Debiera de buscar trabajo, no contentarme con \$75. Bajar a la calle elegantemente vestido... saludar a mis amigos... preguntarles por sus padres, sus hermanas... sus novias... sus esposas...

...Y en vez de hablar con ellos media hora en un café, o pagarle, o que me paguen un refresco, debiera tratar de conseguir un trabajo mejor, más honorable, más decente. Como corresponde a quien corresponde, cada hombre tiene su puesto en la vida, y... el que no tiene un título no es nadie... todos no se hacen millonarios en la política como dicen por el radio. Pero nada de eso me ocurrirá. Ni que trabaje, ni que me haga de dinero. Yo me tomaré un trago en una barra juguetona, con un televisor enfrente, pantalla 17", con un tufo de alcohol de 42 grados y estarán en la vitrola los acordes de un vals. Será en una avenida de árboles pares. Yo la miraré riendo. Ella me dirá "si quiero". Yo le pagaré dos pesos, y ella me llevará a su casa. Caminaremos juntos, saludaremos a otros mujeres. Unas me dirán, "lo siento", otras, "te quiero".

yo tendré el corazón hecho pedazos. Tu me mirarás contenta. Caminaremos por el Prado, entraré en tu casa, y nunca más me verás.

Pero mejor me sigo examinando en el espejo. En ese espejo, tan espejo a pesar de sus manchas y sus suciedades. Reflexiono en lo que hubiera sido, si hubiera querido. Soy lo que soy porque quiero, porque como dice la canción: así nació y a nadie le importa... ni siquiera a Ud., el de la barba en forma de S, y los ojos pares.

Sí, yo me he forjado la vida, desde chiquito. Los maestros me lo decían y a las maestras le caía muy bien. Yo llevaba manzanas y peras, y me llevaba también premios en todos los concursos de equitación... planeo truculentas venganzas, pienso tan alto como la araña que me decora el cuarto o la cucaracha que se esconde antes que la pise, o las persianas que se besan, si las tocan, o la única puerta de mi cuarto, que gira hacia adelante para poder girar hacia atrás.

Caigo en la cuenta de la falta de consideración que es rascarse los dedos con la cara sucia de jabón y la puerta abierta. Cierro la puerta.

Ya son las ocho y cuarto, ya el encargado cesó de gritar, ya no se oye ni el vuelo de un sinsonte, ni el ruido del viento entre las hojas de los árboles, ya los hombres no andan con el pecho al aire y las mujeres rubias llevan sus cabellos peinados, cayéndoles hacia adelante (o cayéndoles hacia atrás.)

Las puertas suenan de cuando en cuando, es la gente que se apura en entrar, en salir, para mí eso es excesivo.

Y hay un largo detalle de sillas en un café, es el café donde desayuno. Compró el periódico, y opino sobre el calor. La vida me destroza. La vida me hace pedazos, igual que al limpiabotas.

El café con leche lo pido "oscuro", con pan con mantequilla. Siento el pan con mantequilla al lado mío, y voy hundiendo rítmicamente el pan, con la mano temblándome, pedazo a pedazo.

Se forma una cascada invernal de café y de leche, desde mi boca hasta la taza, y mi boca se ensucia dulcemente con el azúcar, y las migajas, y el café. Hasta que con el gesto de indignación de los caballeros que dan sus tarjetas para los duelos, me limpio la boca con la servilleta... Ya para ese entonces, el café será un acorde monosilábico de muchas voces. Del hombre que corre con un paño sucio colgando del brazo, del dependiente del "Encanto" que con camisa de cuello alto y corbata exquisita, rígido, come para trabajar... y del viejo, de esos viejos que se atrincheran en los cafés. Se clavan en las mesas y las sillas y reemplazan a las vitrolas.

Yo ya me limpié la boca, pero no tengo ganas de irme. Me he dado cuenta de lo que pierdo. Quisiera invitarlos a todos y salir en manifestación con una tela azul,

may larga. Mayor que el parabrisa de los automóviles, en manifestación por el Prado rompiendo los árboles. Parándonos arriba de los bancos.

Me dan el vuelto. Lo cuento con el ojo, y espero que suenen las monedas al chocar con las llaves.

La mañana está delante de mí. Tengo que ir a trabajar... "erudito", "erudito..." me dice mi sombrero al ponérmelo.

¡Cómo hay gente por la calle!... pasan por delante y por detrás de mí sin darme el menor caso (como si yo fuera un nadie).

Miro el reloj que anuncia al relojero. El reloj es de cartón. Después paso las tres franjas reveladoras de una barbería. Veo un tonel negro, y bajo a la calle para dejar que descargue el camión sus toneles. Yo ya estoy un poco viejo, ya bajo a la calle, ya tengo barba, ya la gente no me ríe las gracias, ya mis padres no me consienten. Un antiguo compañero me abraza como queriendo forzarme a que me trague un purgante, me hastía, me conmueve, me hace llorar.

Saludo a la empleada que marca la hora. La saludo porque no la marca. Veo a mi tío reclinado en su *bureau*, cerca del retrato del hombre que le nombré. El me mira para que todos recuerden quién me nombró. Le estrecho la mano como recompensa a todos los favores. Dice con los ojos "Si no es por mí, te mueres de hambre"... y tiene razón.

Ya delante de un papel en blanco lo firmo, para certificar mi asistencia y poder cobrar a fin de mes.

Hoy tengo ganas de trabajar. La mulatita de enfrente se toma un momento de descanso para tomar agua y atraer la atención mía y la del resto. La mulatita me conoce por referencias. Me mira, yo le hablo. Ella se ríe y deja de trabajar. Yo ya había dejado. Conversamos sobre...

A las doce, retorno a casa. La vuelta me molesta. El sol desvalijando la calle. Los resplandores de las máquinas. La gente empujándose en las guaguas, llenas de sudor.

Me bajo en la fonda donde por una iguala mensual me dan la comida. Sentado soy muy importante, y más, rodeado de ganapanes. No hay competencia. Leo los periódicos. Dos mesas a la izquierda un chino se embelesa en una sopa de ajos. En la vidriera hay enormes fuentes de arroz con pollo para torturar a los muertos de hambre que pasan por la calle. La fonda tiene una lámpara y peceras chatas en una pared, en la otra cuelgan cuadros de mandarines junto a un cartel muy viejo que trae a Chian-Kai Sheck y a Roosevelt.

La comida me la tiran arriba de la mesa. Me tiran también platos y tenedores. El arroz es una masa blanca. El potaje piedras lisas flotando en aguas de colorines. Las

legumbres, legumbres y el postre raquítico y enclenque se enconde en el plato más blanco de la casa.

Como a conciencia. En el ritual del que lo hace tres veces al día. A veces, depende.

Pido vasos y vasos de agua. La pago. Es mineral.

Nada queda, todo pasa, dice el proverbio.

A las cuatro de la tarde me levanto de dormir mi siesta, como no me quedo en la cama salgo para la calle. Rompo el grupo parado en la puerta. Mi amigo me recibe, me invita a tomar algo. o acepto porque nunca viene mal un refresco, pero mi amigo es más denso que el chocolate con leche condensada... aburre. El cuarto suyo es muy insulso.

Recuerdo la mulatita de la oficina, mi edad. Lo bello que es la vida. Las oportunidades que todavía tengo. Lo mal que me he portado con mis padres, o, lo bien que me he portado, la elegancia, el traje, la conciencia, los curas, los aviones, los gastronómicos, las lentejas. Los chinos que se mueren de hambre. El problema de la población. La frase de Wendell Wilkie. La frase de mi madre al morir. La frase al tener el primer hijo. La frase al divorciarse. La frase con que tuve una novia... Y me doy cuenta de mi importancia, del papel que juego en la sociedad. No puedo perder un minuto más aquí. Me voy.

De nuevo en la calle. Frente a la vida. Queda la bodega, allí habrá gente tomando. Me saludarán, quizá me inviten.

Acepto, pero les digo que hoy yo pago la primera vuelta. Piden los cubiletos, aranamos las mesas y los dados molestan a las mujeres decentes que vienen a comprar dos libras de arroz, tres libras de arroz y una libra de frijoles.

Juego bien, dicen "Voy", "Boca abajo viene", "deja, deja que me toca a mí abrir"... vocífero. Juego con mi mano y con el cubilete. Beso los dados y pongo el cubilete boca abajo, digo "Destapa tú", gané la segunda vuelta, paga otro... Yo ya me creo presidente de la O.N.U., pero no: llega un negro y empieza a jugar.

FAUSTO MASÓ

Nota

DE "ORÍGENES" A JULIÁN ORBÓN (1)

Cuando comprobábamos que el arcediano Josas parece ser la sombra del Perotino, y que los corredores para llegar a la torre de San Gil son los conductos de la melisma en la Escuela de Notre Dame, comprendemos que en la cara amistad el proconsul Julián Orbón y en los redondeles ecuménicos del sonido el poderoso músico Julián Orbón, había partido y era al propio tiempo, en lo creado y en lo conversado, en la severa valoración o en los rendimientos del halago, un estilo y una aproximación, un texto en la compañía o bien una plomada de gravitación en los riesgos de la aventura. ¿Cómo había sido en él esa desescamilla, ese soltar arena para recoger la arena y la hormiga? Sus posibilidades y su destino lo condenaban y lo ensalzaban a la *école buissonniere*. En Europa, o mejor, en el Sacro imperio romano germano, en la Marca de Aquitania, o en el Gran ducado de Luxemburgo, Julián Orbón se hubiera fugado de la escuela para irse a la librería delfica del pueblo, entre ilustraciones, instrumentos viejos, cacharros de alquimia y el terror al Barón de Napier. Y por la noche, se hubiera escapado de la estufa, cansado de oír los relatos de fantasmas en los viajes de ultramar, para irse a la feria, donde un canario extrae las trescientas preguntas de Pico de la Mirándola, y el contesta inmutable, y otro doncel rubio con monóculo de cinta verde, intenta quitarle una pregunta, y él lo mira en una forma decisiva y terrible. Entonces, llega Carlos el Temerario, ante la tienda de su suntuoso y sombrío enemigo, saluda con una gran reverencia, y enciende un puñetazo raspado en las ancas de su caballo Amilcar. Sus posibilidades y su destino lo condenaban a otra sutil variante de la *école buissonniere*. Sus maestros iban a ser la forma diestra y señorial en que iba a pintar sus ocios, a rodearse de sus amigos, a iniciar una invocación a Polemos en el antiguo cafetín Marte y Belona. Sus maestros iban a ser una gran tradición y un poderoso sentido para intuir los estilos. Y en la Escuela de Notre Dame, si ahora encontraba al Perotinus, antaño había situado a Juan Frollo del Molino, el jueguista, el hermano del encandilado arcediano.

Sus progresiones bracean, se sumergen inician o se abandonan al instante de la piel o la laminación, pero en lo que ya lleva hecho, se perciben los apoyos de su agudeza, la capa entreabierta por su lucidez. En la oscuridad, regalo de su fuerza que avanza,

(1) Para festejar el triunfo de Julián Orbón, en los *Festivales de Caracas*, que había obtenido el premio al lado de los maestros Juan José Castro y Carlos Chávez, la revista ORÍGENES organizó en Bauta, con la cooperación del Padre Gaztelu, un banquete con la asistencia de amigos escritores y músicos. Al final del banquete, nuestro Director José Lezama Lima, dijo estas palabras de homenaje.

se oyen las flautas griegas y los árabes albagones en las *fêtes* nocturnas de los juglares por los siete castillos en las siete colinas. Pues ya él ha ido necesitando la ley de su remolino, su castillo fuerte, como en el coral alemán, frente a la noche que nos tira, nos rompe y nos coloca una mano de vidrio. Siguiendo el gregoriano, la Escuela de Notre Dame, nos recuerda el momento de San Luis y la teoría de su espada. Un brazo de su espada comprende las alerías de los destiladores y los estudiantes, la pompa consagrante de Reims y de la gran capilla, largas filas con la jerarquía y la imaginación feudal, sombrías promesas de andar con los pies delcazos desde Amiens a Peacquigny, y ofrecer pez hirviendo para defender los fueros de la ciudad con la poderosa ayuda de Luis el Gordo contra el Conde de Amiens. Destruye su castillo, pero el pueblo no sigue sus locuras disciplinarias y se retira a la Gran Cartuja, donde conversando un día con el superior, que le tomaba las cuentas, le dice: "Juro que no he cometido simonía, pero mil veces me he dejado seducir por los elogios." Y a su lado Santa Ulfia, cuyos éxtasis son zarandeados por las ranas, a las que intenta adornar batiendo sus oraciones. Y el otro brazo de la cruz, que parece ceñir la tienda de campaña de San Luis en Túnez, alzando la cruz de su espada, hasta recibir la peste y las langostas.

Los misteriosos corredores de la Escuela de Notre Dame, tenían que conducirlo a la otra Edad Media de los tonadilleros, pues siempre que hay un siglo XVIII, se entreabre dentro, bodegón con su amarillo verboso y nueces con ardiillas sonando su aro, la tonadilla, que termina abrazada a la ópera italiana, pues como malicioso campesino desea terminar pellizcando, o ciñéndose los collarines del abrazo, pero su mérito de esencias es irrumpir, formar un suave escándalo en torno a la peluca que cubre el seso de los ruseñores, el arrastrado y pediguño canto del pavorreal. Este es el momento en que vi a Julián Orbón sentarse más veces al piano, palmar un cumpleañes de sidra, tocar el organillo con más gente navideña a su alrededor, preparar la llegada de su hijo, dándonos como en variante del jipio hondo:

*regalo de castañas que chillan,
mientras caen los planetas y el frío.*

y obligándonos a la vuelta al texto primigenio, pues ha prometido ya que estará a nuestro lado si nos entristecemos:

*ofreciendo castañas asadas,
mientras cae la niebla y el frío.*

En ese momento en que él se ha acercado en puntillas al arcediano medieval y sorprende absorto al campesino, que vuelto de la romería, con las manos en concha sobre la boca, se entretiene en gritarle al pozo, para echarle la mano al cuello del eco,

estamos casi en la obligación de soñar con él. Las parejas se abandonan a una severa pavana de Alonzo de Mudarra, con las cortes en Tudela, o a una contradanza de Saumell, si comenzamos entonces a valsar, y vamos de pareja en pareja preguntando: ¿Han visto a Julián? La respuesta es breve y sonriente, como si todos los danzantes estuviesen convencidos de que está paladeando el rocío y apretando la brisa en las entrañas de la anémona. Al final, las risotadas, como si el vino peleón de la tonadilla pusiese en marcha las estatuas de Aranjuez, donde la gala guturación de Alejo se une a la violenta sibilación de Julián, resueltas en una férrea y suntuosamente apesadumbrada parodia de Eliseo Diego. Pero en esas parejas danzantes se enmascara un mágico sentido frente al tiempo. Las danzas cortesanas y las pавanas de Luis de Milán o de Cabezon, representan esas pausas que se extienden y esas contracciones donde la configuración y el sentido de la recurrencia, adquieren un sistema de canales holandeses y de caracoles de Nuevitas para la temporalidad. Y donde los insoportables y testeros sociólogos del XIX, querían extraer para negar, hinchar para apostillar muertes, se desliza un estilo criollo de lazar y bolear el tiempo, y si decían para pendular la infamia, rezongo de tesonera calumnia: un gallo, dado o barajas y danzas, ahora sorprendemos que ahí el criollo pone en aperturas el bulto medieval y los renacentistas deslizamientos danzantes, y se iguala con el gallo chino y el gallo del robado tapiz francés, dados pascalianos y los del camino de la pasión, y "el oro medieval de la brisca conduzca al infierno azogado" y las contradanzas donde los negros octogenarios bailan para ofrecer sus respetos a Paulina Bonaparte. He ahí el estilo criollo de la temporalidad. He ahí que en sus exquisitos y poderosos recursos frente a la temporalidad, Julián Orbón se revela, igual que la pinta de plata de un fino estanciero o un miliunochesco destilador de azúcar, teniendo raza de criollo, frenético estoico habanero parece no hacer nada, pero nos regala una música misteriosa y excelente, siembra un hijo y recibe copiosamente a sus amigos, ¿quién puede atreverse a pedir más, a no ser un energetista del período de la decadencia?

Pero muy pronto, para evitar los preparados encuentros de las castañas de los tonadilleros con el dije de Antón Rufo, platero de Toledo, la fulguración de los rostros en las bulerías y los tambores eritrosos o de la región central del Lualaba Congo, rompen los innobles créditos de la síntesis, de las mezclillas de la quinta cuerda, para sacar a su lenguaje la otra fineza y la otra fuerza. Aquel Eros de los estilos, en aquellos años en que Julián gustaba envolverse en las cuerdas de Brahm, se va resolviendo también del lado de la pinta de plata del estanciero criollo. El falso ombligo del hormúculo de cristal, las pавanas de una marina voluptuosidad, los acantos de una contradanza añil de camafeo, si estaban ya rotas en las bulerías conducidas al *sabbat* goyesco, al dominical bailongo americano, son vueltos a su oscuridad primigenia, a su

húmeda envoltura para que asome el honguillo sonriente, por fuerza de esos tambores yorubas. Suena un inmenso golpe de tambor, y la esfera bien hecha y musicalmente confiada, se entreabre para mostrar su colección de conchillas, que sobre la piel, van dejando su tablero de conjuros.

Estudia el sonido para que penetres en la casa del gobierno, dice la sabiduría china, pero las últimas consecuencias de ese gracioso aforismo, sería la ciudad regida por una excesiva tecnificación de las distancias y ya, por obra de esa dimensión, convertida en orquesta. Por eso el triunfo de Julián Orbón, nos comunica las posibilidades de un inmenso orgullo, lo valoramos en el sentido de esa ciudad ideal, donde los arquétipos pelean con los unicornios, los alacranes con el pez espada. Colócanse los bajos, cerca de las murallas, si una curvada rama de naranjos le sale al paso, se manifiestan con timbres de agudeza. Nervioso los tenores sufren la interpolación de una nube, devolviéndola como sochantres mazapanes. Prorrumpen los barítonos en la oscura humedad del sótano, para mezclar los arcos y los cornos, los timbres y las celestas, hasta el declive arenoso de las playas, rizándose de nuevo la pequeña ola en el redoblante impresionista. Es ahora, por gracia de esos festivales caraqueños, ese momento en que todos los músicos de la orquesta y sus amigos, aplauden a Julián Orbón y le regalan una salamandra de bolsillo.

Aquello que carece de forma, dice en el Libro del Tao la sabiduría china, penetra lo que tiene grietas. Todo es música y razón, dice José Martí, por la sabiduría criolla. ¿Quién como Julián Orbón puede organizar en una forma más fuerte y fascinante esa razón musical, por la que se puede penetrar, como Linos y Anfión, por las grietas de la luz, y por las grietas de las murallas y por las grietas de la tierra, donde los griegos creían que hablaban las sombras?

Me siento demasiado emparentado con Julián Orbón para poder decir su elogio sin temblar de arriba abajo, como un poseso penetrado por un hacha suave, pero como un hombre de mi raza espiritual, estoy obligado a rezar por él y a decir: Dios mío, protégelo; haz que sus enemigos caigan rendidos por el sueño; permite que San Crisóstomo, cuyas grandes piernas están serruchadas en la catedral queridísima, le dé la resonancia de la caja de su pecho para pasarlo a la otra ribera de la venatoria y de las danzas; que Santa Lucía le regale el *Concierto campesino*, y Santa Cecilia, los *Cuadros de una exposición*, donde Ravel le prestó su orquesta a Moussorky; que el Areopagita le regale con su Hierarchia el cóctel pitagórico; y que San Bernardo, en un sueño memorable, le entregue el compás de las danzas que pueden flautarse dentro del templo en las fogatas de la verbena de San Juan, para que como flautista adolescente forme parte de la guardia del rey David, penetrando en la ciudad.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*

Cintio Vitier: *De mi provincia*

Eliseo Diego: *Divertimentos*

Octavio Smith: *Del furtivo destierro*

Fina García Marruz: *Transfiguración de Jesús en el Monte*

Lorenzo García Vega: *SUITE para la espera*

Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*

Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traducción de M. Brull)

Eliseo Diego: *En la calzada de Jesús del Monte*

Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*

José Lezama Lima: *La fijeza*

Justo Rodríguez Santos: *La Belleza que el Cielo no Amortaja*

Lorenzo García Vega: *Espirales del cuje*

Mario Parajón: *El teatro de O'Neill*

Ramón Ferreira: *Tiburón y otros cuentos*

José Lezama Lima: *Analecta del reloj*

Cintio Vitier: *Vísperas*

Mario Parajón: *Magia y realidad del teatro*

Roberto Fernández Retamar: *La poesía contemporánea en Cuba*

Fayad Jamis: *Los párpados y el polvo*

SUSCRIBASE A LA REVISTA

Sur

Dirigida por
VICTORIA OCAMPO



Presenta los más selectos escritores
San Martín 689, Buenos Aires, Argentina

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:
NILITA VIENTOS GASTON



Dirección:
DE DIEGO Y LOIZA
Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)
Suscripción anual \$3.00